REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO 1 — BUENOS AIRES, DICIEMBRE 23 de 1933 — No. 20

SARMIENTO, EL AMBICIOSO



LA propia correspondencia de Sarmiento, en vísperas de la elección presidencial del 68, ha servido a José P. Barreiro para documentar este ensayo sobre la ambición que dominaba al sanjuanino genial.

NO ocultaba a nadie la enorme ambición que le consumía. La obsesión del poder accionaba en su existencia con la desesperación lujuriosa y morbosa del furor uterino. Hubo instantes en que ya definida su personalidad y henchido su cerebro de verdades y de ideas, creyó conformarse con actuar en cierto radio de acción: una concejalía, una senaduría o un ministerio en Buenos Aires. Pera recién cuando tuvo la responsabilidad del poder público en San Juan, llegó a la conclusión de que sus ambiciones reclamaban más dilatados horizontes.

El gobierno de su tierra natal, lejos de conformarle, había infiltrado en su espíritu casi la amargura de la impotencia. Entonces se dió cuenta de que un gobierno de provincia — no obstante las condiciones inconexas en que vivía San Juan con el resto del país — no podía satisfacer su ambición desmesurada. No había llegado aún el ferrocarril a las inmediaciones del valle de Tulun, más bien dicho el ferrocarril era algo desconocido en la propia República. Veinte días de carreta o de diligencia establecían, fuera de la órbita de lo geográfico, una razón de autonomía más firme que la preconizada en las instituciones. Pero ni la lejanía lo salvaba. Allí estaba Rawson, en Buenos Aires, que había encontrado después de Caseros un Jordán para sus efervescencias rosistas, hostigándolo continuamente; disfrazando sus hostilidades con la triquiñuela constitucional; estimulado, posiblemente, bajo cuerda, por cierta intención de Mitre, ávido de verlo en fracaso. Y, aquí, en San Juan, estaba en continua lucha diaria con sus propios comprovincianos, que, cargados de prejuicios y atados al carro de lo tradicional, temblaban ante sus innovaciones, se negaban a pagar impuestos y no olvidaban que el hombre desgarbado que ejercía el poder no tenía más títulos que los emergentes de su propia audacia.

★

Lo devoraba la pasión insaciable del poder y sentía el glorioso impudor de no disfrazar sus intenciones. Deseaba, efectivamente, el poder, la suma del poder público si fuera posible, a pesar de sus convicciones republicanas y de todo lo que había leído en los constitucionalistas norteamericanos. Se consideraba haber llegado al umbral de la gloria. Su nombre era conocido en una y en otra América, como se lo declaraba a Mitre desde París. "no por ser el hombre más hábil, el general más victorioso y el presidente más grande, sino por haber introducido las escuelas en las ideas y los hechos". Tenía la convicción de que la vida de Facundo le había dado un título más duradero. Para él constituía el mejor de los títulos, el título que nadie podría agregar ni invocar, "en países como nuestras repúblicas, donde un Pérez, un Pezet, un Falcon, un Urquiza, un Derqui, son presidentes". Y mirando hacia el porvenir, el indisciplinado boletinero agregaba:

—Y me quedan años y vigor para adelantar en mi camino...

Quería, efectivamente, el poder después de haber saboreado la gloria. Pero si lo deseaba antes de que la vejez le quitara toda energía, era para completar su obra de regeneración de la colonia española y para establecer en la Argentina las verdaderas bases de una república y de un gobierno.

No se había producido en la Argentina el proceso por él imaginado. Su país, bajo Mitre, no era otra cosa que una colonia y su gobierno apenas seis años de tanteos, sin afán constructivo ni renovador. Nada se innovaba, no había audacia creadora, ni garra... ¿Cargaría la República con la desgracia de otros seis años de tanteos, tan inocuos como los que arrancaban del 62? Eso era lo que le indignaba, lo que le sublevaba desde tierras lejanísimas y lo que le inyectaba ,frente al juego electoral del caudillaje convertido en árbitro, la misma impotencia de Prometeo.

★

—¿Qué candidato rival podía considerarse mi par — gritaba exasperado desde París o desde Nueva York. ¿Quién podía decir al país que se fiara a sus luces, a su experiencia, con preferencia a él? Y entonces su indignación se desbordaba y el escalpelo de sus inquisiciones razgaban, implacablemente, a Rawson, a Elizalde, a Paz, a Alsina...

—¿Quién podría presentar mi programa — interrogaba por epístola o monologaba en su soledad.— Y ahí nomás, enunciaba los puntos básicos de su acción. "Mi programa sería mi vida entera y mis escritos combatiendo el despotismo de un lado, la anarquía del otro. Llevaría prestigio, autoridad moral al gobierno. Y en cuanto a capacidad, treinta años de trabajos constantes y desinteresados, la experiencia de los negocios públicos, el espectáculo del mundo, el contacto con los hombres notables de muchos países, principios fijos y la merecida fama de honrado". "Llevo, en fin, mi espíritu de realización práctica y un plan entero de acción, que responde a grandes necesidades". Era, indudablemente, el programa más extraordinario que podía enunciarse...

Comprendía sus títulos para aspirar. Pero no quería pedir, no deseaba presentarse a mendigar votos. Esperaba que todos obraran, expontáneamente, que los hechos se derivaran por gravitación propia. "Ser nombrado en ausencia, sin que las maniobras o el dado cargado den suerte". Lo que le tenía indignado era la carta de Mitre desde Tuyu-Cué y sus pretensiones de equipararse a Wáshington. ¿Quién era Mitre para calificar de "coz" al programa de gobierno que había hecho llegar al coronel Mansilla? Al fin y al cabo, si Elizalde o si Paz llegaran a la presidencia, y si el muriera cualquier día, sin haber sido otra cosa que el trunco gobernador de San Juan o el ministro plenipotenciario ante los Estados Unidos, llegaría la época en que hasta los niños del país se preguntarían con asombro:

—¿Por qué no fué ni ministro nacional siquiera el hombre que tanta parte tuvo en la marcha de las ideas y de los acontecimientos?

★

Trabajado, intensamente por esa obsesión, se embarcó a bordo del Auniz, cierto dia de agosto de 1868, rumbo al río de la Plata. Queria ir al encuentro de los acontecimientos. Estaba harto de polemizar, de escribir, de hacer cálculos, de esperar angustiado noticias, como quien esperase una carta de novia. Mitre le había sacado de quicio con su documento de Tuyu-Cué, y más que todo con aquel sospechoso ofrecimiento del ministerio del Interior, sabiendo que lo que él deseaba no era una cartera ministerial sino la presidencia.

—"Alea jacta est" — se dijo la tarde en que embaló sus libros, lió sus extrañas colecciones de semillas, ató sus manuscritos embarullados y envolvió, prolijamente, su diploma de doctor de Michigan. Es cierto que hubiera preferido que la noticia le sorprendiera en Nueva York. Imaginaba los homenajes que se le tributarían, la emoción de sus amistades eminentes: el júbilo de la señora Mann, de Longfellowd, de Emerson. Pero sus nervios ya no resistían ansiedad tamaña. Buenos Aires le disiparía la incógnita. Si era presidente, el gran ensueño se realizaba. Si no era, y si la befa al derrotado surgía de alguna sonrisa inferior, él, entonces, tendría su banca del Senado para defenderse, para enseñar, para mrcar rumbos, para dar lecciones. La presidencia sería para él un taller formidable de experimentaciones, pero la banca de senador por San Juan habría de convertirse en cátedra para enseñar lo que ignoraban los argentinos, sus masas inferiores, y más que todo sus presuntuosos núcleos dirigentes .

★

Reclinado en su hamaca de la cubierta pasaba los días, sus interminables días. Todo concurría para obsesionarle, para alterar más, aun, sus nervios agitados. La sombra de Dominguito que ya no encontraría en Buenos Aires, y que no podría atenuar en nada, con su compañía y con su espíritu, el fracaso, en caso de que él se produjera. Domingo Soriano se había suicidado en Chile. Su hija estaba paralítica. Marcos Gómez con un pedazo de cara menos y con los brazos cruzados. Todo era tragedia y desgracia en torno a su existencia, tragedia y desgracia que él trataba de olvidar engolfándose en los más áridos estudios, visitando, conversando. Pero, ahora, a bordo del Auniz, los días y las noches se le hacían interminables. A la media hora de leer arrojaba el libro lleno de hastío. Había comenzado a traducir el Digesto Constitucional de Wilson, pero la tarea tampoco le impregnaba entusiasmos. Nunca, ni después de su fiebre tifoidea, en Chile, habíase sentido más destrozado, más desmoralizado, más abúlico. Algo morboso, que él no entendía bien, y que no podía precisar si estaba en su sangre o en su espíritu, si era físico o si era puramente psicológico, le habían convertido en una pobre cosa sin voluntad y sin esperanzas. Padecía, no había duda, la angustia torturadora de las vísperas.

Mientras tanto el Auniz seguía su parsimonioso deslizamiento. Algunas veces la proximidad con las costas habíale servido para matizar un tanto el panorama de sus ojos hastiados. ¿Qué habría pasado mientras tanto en Buenos Aires? ¿Quién habría triunfado? ¿Cómo habría de saberlo? ¿Que hada misteriosa, que gaviota de milagro, que paloma mensajera le traería una noticia tranquilizadora que hiciera en la exasperación de sus nervios, un efecto cordial? Algo, indudablemente, faltaba en el mundo, para hacer más factible la vinculación de los hombres y de las cosas. Recién se daba cuenta, frente a la fatalidad de las distancias geográficas. En Europa, en Estados Unidos, había visto cómo ciertas lejanías terrestres se salvaban en pocos minutos gracias al genio de Morse. Pero Morse no había llegado a dominar las distancias marinas, la terrible inconmensurabilidad del océano.

★

Una tarde, más angustiado, más nervioso que de costumbre, recostose sobre la borda, cansado ya de ver agua y agua, para apreciar las costas exuberantes. Viajaban frente a Pernambuco. Casualmente un navío de guerra iba a pasar cerca del Auniz. Creyó notar en el navío un tragin, una actividad inusitada. El navío, al acercarse al humilde velero, se empavesaba con las más distintas banderas .De lejos veíase a su tripulación que formaba rígidamente y de repente sus oídos, ya un poco sordos, sintieron la más fragorosa de las detonaciones, mientras sus ojos veían brotar pólvora y humo de los cañones de guerra. ¿Que significaba eso? ¿Era una agresión?

El capitán mercante le explicó, entonces, lo que importaba aquel espectáculo inesperado, dentro del idioma simbólico de los banderines y de las salvas.

—Es que saludan a un primer magistrado...

—¿A quien? — vociferó Sarmiento.

—No se, señor. A un primer magistrado que debe viajar con nosotros...

Sarmiento, entonces, comprendió todo. El navío de guerra extranjero, que venía desde Buenos Aires, conocía la nueva. No había enigmas. No había motivos ya de torturas íntimas. La gran ambición de su vida se realizaba. Es cierto que esa realización no le devolvería ya ni a Dominguito, ni a Domingo Soriano, ni le daría el placer de ofrendar su éxito al inseparale Aberastain. Pero él ahora ya tendría en sus manos el gran taller de experimentación, el gran laboratorio de transformaciones. La abulia desapareció instintivamente. Todo él se convirtió en un manojo de dínamos, y crispando su puño, y dirigiéndolo como un haz de esperanzas hacia el territorio de la patria, ya no tan lejana, que se debatía desangrada por la guerra injusta, dijo con aquella su voz que parecía la de un heraldo del Apocalipsis:

—Ahora recién sabrán el tonto de Bartolo, el conejo de Alberdi el mazorquero de Rawson y el gaucho de Urquiza, de lo que es capaz el boletinero del Ejército Grande...

por

JOSE P. BARREIRO

Ilustración de

ARISTIDES RECHAIN

Un Cuento Policial:

EL ENVENENADOR DE SIR WILLIAM

POR

ANTHONY BERKELEY.

Ilustración de Sorazábal

ROGER Sheringham pensaba después que el crimen de los bombones envenenados, como lo llamaron los diarios, era quizás el asesinato planeado con más perfección que conocía.

El viernes, de mañana, el 15 de noviembre, a las diez y media, según su invariable costumbre, Sir Guillermo Arstruther entró a su club en Picadilly, el muy exclusivo Club Arco Iris, y pidió su correspondencia. El portero le entregó tres cartas y un paquete chico. Sir Guillermo se acercó a la gran chimenea encendida en el gran salón para abrirlos.

Pocos minutos después otro miembro entró al club, un señor Graham Beresford, que también recogió una carta y un par de circulares, y se acercó a la chimenea, saludando con la cabeza a Sir Guillermo, pero sin hablarle. Los dos hombres se conocían apenas, y quizás nunca llegaron a cambiar una docena de palabras en total.

Después de dar unas ojeadas a sus cartas, Sir Guillermo abrió el paquete, y pronto lanzó un fuerte gruñido de disgusto. Beresford lo miró, y con otro gruñido Sir Guillermo le tendió bruscamente una carta que había sido incluida en el paquete.

Disimulando una sonrisa (pues los modos de Sir Guillermo eran tema más bien divertido para sus cófrades), Beresford leyó la carta. Provenía de una gran firma de fabricantes de chocolate, Mason e Hijos, y explicaba que querían lanzar al mercado una nueva marca de chocolatines de licor destinados especialmente al gusto de los hombres: ¿querría Sir Guillermo hacerles el honor de aceptar esa caja de un kilo y comunicar a la firma su sincera opinión sobre esos bombones?

—¿Me toman por una tonta corista? — dijo, humeando de rabia, Sir Guillermo. — ¡Testimonios sobre sus tontos chocolates, por cierto! ¡Tonterías! ¡Esto no se puede tontamente tolerar!

—Bueno, es un mal viento, en lo que me toca — lo consoló Beresford —. Me recuerda algo. Mi mujer y yo estuvimos en un palco en el Imperial, anoche. Le aposté una caja de bombones contra cien cigarrillos que no acertaría con el canalla de la pieza hacia al final del acto segundo. Y ganó. Tengo que recordarme de comprarlos. ¿La vió usted: "La calavera crujiente"? No es mala pieza.

Sir Guillermo no la había visto, y lo declaró con fuerza.

—¿Necesita una caja de bombones, dijo? — añadió, más suave —. Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero.

Por un momento vaciló cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorraba así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre valía la pena ahorrarse una molestia.

Por una suerte excepcional ni la envoltura exterior de la caja ni el rótulo fueron al fuego, y esto fué tanto más feliz porque los dos hombres habían arrojado los sobres de sus cartas a las llamas. Sir Guillermo, es cierto, había hecho un lío con el hilo, la envoltura y la carta incluída, pero lo había entregado a Beresford, que dejó caer todo dentro del guardafuego. Este lío el portero lo recogió más tarde, y con sus hábitos de orden lo metió en el canasto de papeles, donde lo encontró la policía a su tiempo.

De los tres protagonistas inconscientes de la inminente tragedia, Sir Guillermo era, sin duda, el más notable. Todavía de uno o dos años menos de cincuenta, parecía, con su llameante cara roja y su densa figura, un típico señor rural de la vieja escuela, y tanto sus modales como su lenguaje estaban de acuerdo con la tradición. Sus costumbres, especialmente respecto a mujeres ,también estaban de acuerdo con la tradición, la tradición del audaz y mal aristócrata que sin duda era.

En comparación con él, Beresford era más bien un hombre común, un individuo alto, moreno, no feo, de treinta y dos años, quieto y reservado. Su padre lo dejó rico, pero el ocio no lo seducía y tenía intereses en varias clases de negocios.

El dinero atrae al dinero. Graham Beresford lo había heredado, lo había hecho, y era inevitable: se había casado con él también. La hija de un difunto armador de Liverpool, con no lejos de medio millón de libras en su derecho.

Pero el dinero era un incidente, pues él necesitaba de ella, y se hubiera casado (decían sus amigos), aunque ella no hubiera tenido un centavo. Una niña alta, ,de mentalidad seria, muy cultivada ,no tan joven para no estar ya formada en su carácter, pues tenía veinticinco años cuando se casó ,tres años antes: en fin, la esposa ideal para él.

Quizás un poco puritana en algunas cosas, pero Beresford, habiendo hecho algo de la requerida vida de joven alegre, se sentía ya pronto a ser puritano él mismo, por esa época. Para decirlo de una vez, los Beresfordes habían realizado esa octava maravilla del mundo moderno: un matrimonio feliz. Y en medio de él cayó con inexorable tragedia, la caja de bombones.

Beresford se los dió a su esposa después del almuerzo, durante el café, con alguna broma sobre el pago de sus deudas de honor, y ella abrió la caja en seguida.

El extracto superior, observó, parecía contener sólo kirsch y marrasquino. Beresford, que no quería echar a perder un buen café, rehusó cuando ella le presentó la caja, y su mujer comió sola el primer bombón.

Mientras lo hacía exclamó sorprendida que el licor del relleno parecía fuerte en exceso, y positivamente le quemaba la boca.

Beresford explicó que eran muestras de una nueva marca, y luego, curioso por lo que decía su mujer, tomó también uno. Un gusto ardiente, no intolerable pero demasiado fuerte para ser agradable, siguió al derrame del líquido, y el sabor de almendras le pareció excesivo.

—Diablos — dijo — son fuertes. Deben contener alcohol puro.

—¡Oh! Seguro que no les saldría muy caro — dijo su mujer, tomando otro —. Pero son muy fuertes. Sin embargo, creo que me gustan bastante.

Beresford comió otro, que le gustó menos aún.

—No quiero — dijo con decisión —. Me dejan la lengua dormida. Yo no comería más si fuera tú. Creo que algo malo deben tener.

—Bueno, son sólo un experimento, supongo — dijo ella —. Pero queman. No estoy segura si me gustan o no.

Pocos minutos después Beresford salió por una cita de negocios en la City. La dejó probando aún si le gustaban o no los bombones, y comiendo para decidirse. Beresford recordaba muy vívidamente ese trozo de conversación, pues era la última vez que veía viva a su mujer.

Eso fué más o menos a los dos y media de la tarde. A las cuatro menos cuarto Beresford llegó a su club desde la City en un taxi, casi en un síncope. El conductor y el portero lo ayudaron a entrar, y ambos describieron luego su palidez cadavérica, con ojos fijos y labios lívidos, y su piel húmeda y viscosa.

El portero, alarmado en extremo, quiso pedir un médico en seguida, pero Beresford, que era el último hombre del mundo que alborotaría, lo rehusó, diciendo que sería alguna indigestión y que habría de pasar en pocos minutos. Pero a Sir Guillermo Anstruther, que estaba entonces en el salón, le agregó cuando el portero se hubo ido:

—Sí, y creo que son esos bombones infernales que usted me dió, ahora que pienso en ello. Me pareció entonces que tenían algo raro. Es mejor que me vaya y vea si mi mujer...

Se detuvo bruscamente. Su cuerpo, que se apoyaba flojo en el respaldo del sillón, se irguió de repente; sus quijadas se apretaron, los labios lívidos se estiraron en mueca sardónica horrible, y sus manos se crisparon en los brazos del sillón. Al mismo tiempo, Sir Guillermo se dió cuenta de un olor inconfundible de almendras amargas.

En alarma completa, creyendo de veras que el hombre se moría ante sus ojos, Sir Guillermo gritó llamando al portero y a un médico. Los otros ocupantes del salón se acercaron de prisa, y entre ellos arreglaron el cuerpo convulso del hombre ya inconciente, en posición más cómoda. Antes que el médico pudiera llegar, un mensaje telefónico se recibió en el club. Era de un agitado sirviente que llamaba con urgencia al señor Graham Beresford, en caso de que se encontrara en el local, pues la señora Beresford se sentía gravemente enferma. En realidad, ya estaba muerta.

Beresford no murió. Había ingerido menos veneno que su mujer, la que después de la partida de él debía haber comido a lo menos tres bombones más, así que su acción fue menos rápida y el médico tuvo tiempo de salvarlo. Después se halló que la dosis que tomó no había sido la mortal. Hacia las ocho de la noche ya estaba consciente: al día siguiente se reponía poco a poco.

En cuanto a la infortunada señora Beresford, el médico llegó demasiado tarde, y dejó de existir en poco tiempo, en un profundo coma.

Se interrogó a Sir Guillermo, la carta y la envoltura fueron recuperadas del canasto, y aun antes que el enfermo estuviese fuera de peligro, un inspector de investigaciones pedía una entrevista con el gerente de Mason e Hijos.

En esta etapa del asunto la teoría policial era que, según lo que sir Guillermo y los dos médicos pudieron explicar, por un acto de negligencia criminal de parte de un obrero de Mason, una cantidad excesiva de aceite de almendras amargas había sido incluída en la mixtura que rellenaba los bombones, pues ese era el ingrediente tóxico que los médicos habían decidido como causa.

Sin embargo, el gerente rechazó esta idea de plano. El aceite de almendras amargas, afirmó, no había sido usado nunca por la Casa Mason.

Tenía novedades más interesantes aún. Habiendo leído con evidente asombro la carta incluída en el paquete, declaró inmediatamente que era una falsificación. Ni tal carta, ni tales muestras habían sido enviadas por la casa en absoluto; ni se había tratado de ninguna variedad nueva de bombones de licor. Los bombones fatales eran de la marca usual.

Desenvolviendo y examinando uno con más atención, el gerente llamó la atención del inspector hacia una señal en el lado inferior, que sugirió ser huella de un agujerito taladrado en la cubierta y por el cual podía haberse extraído el licor e introducido el letal relleno ,tapándose luego el agujero con chocolate ablandado, operación perfectamente simple.

Lo examinó con lupa y el inspector se convenció. Estaba bien claro para él que alguien había tratado deliberadamente de asesinar a Sir Guillermo Anstruther.

Scotland Yard redobló sus actividades. Los bombones fueron analizados, Sir Guillermo fué interrogado de nuevo, y lo fué también el ya consciente Beresford. El médico insistió que la noticia de la muerte de su esposa debía callarse a este último, hasta el próximo día, pues en su condición debilitada el choque podía serle fatal, así que no se consiguió nada positivo de él.

Ni tampoco pudo Sir Guillermo arrojar ninguna luz sobre el misterio o indicar una sola persona que pudiera tener alguna razón para tratar de asesinarlo. Vivía separado de su mujer, que era la principal beneficiaria en su testamento, pero ella estaba en el Sur de Francia, como la policía francesa lo confirmó en seguida.

El análisis sacó a luz uno o dos hechos interesantes. No era aceite de almendras amargas, sino nitrobencina, substancia afín, usada principalmente en la manufactura de tinturas de anilina, lo que se empleó como veneno algo sorprendente. Cada bombón de la camada superior tenía exactamente seis gotas del tóxico, en una mezcla de kirsch y marrasquino. Los bombones de las otras camadas eran inofensivos.

En cuanto a las otras claves, parecían igualmente inútiles. La hoja de papel de carta de la casa Mason fué identificada por la casa impresora Werton como trabajo suyo, pero nada demostraba cómo había llegado a manos del criminal. Todo lo que podía decirse era que, por tener los bordes muy amarillentos, debía ser una hoja vieja. La máquina de escribir que se usó para la



carta no se revelaba por ningún indicio. Del papel de envolver en que venía la caja, de calidad ordinaria, con la dirección de Sir Guillermo escrita a mano, con letras de imprenta en grandes mayúsculas, no se aprendía sino que el paquete se había entregado al correo en la oficina de Southampton Street, entre las 8.30 y 9.30, la noche anterior.

—Y ahora usted sabe tanto como nosotros, señor Sheringham — concluyó el inspector jefe Moresly —; y si usted puede decir quién envió esos bombones a Sir Guillermo, usted sabrá mucho más.

Roger asintió con la cabeza, pensativo.

—Es un caso brutal. Ayer no más encontré a uno que estuvo en el colegio con Beresford. No lo conocía bien porque mi amigo era de los clásicos, y Beresford de la sección moderna; pero estaban en la misma casa. Dice que Beresford quedó absolutamente aplastado por la muerte de su mujer. Ojalá que usted encuentre a quien mandó esos bombones, Moresly.

—Así querría yo también — dijo Moresly sombríamente.

—Podría ser cualquiera en el mundo entero — caviló Roger. Y, por ejemplo, ¿qué dirá de los celos femeninos? La vida privada de Sir Guillermo no parece ser inmaculada. Me parecería que hay mucho de: fuera lo viejo y viva lo nuevo en sus amoríos.

—Hombre, pues es justamente lo que estuve averiguando, señor — repuso el inspector jefe Moresby con reproche. Eso fué lo primero que me vino a la mente. Porque si algo resalta en esto, es que es el crimen de una mujer. Nadie sino una mujer enviaría bombones envenenados a un hombre. Otro hombre pensaría en una muestra envenenada de whisky, o cigarros, o algo así.

—Este es un punto de vista sano. Muy sano, por cierto. ¿Y Sir Guillermo no lo podría ayudar?

—No pudo — dijo Moresby, no sin un dejo de resentimiento — o no quiso. Yo me inclinaba a creer al principio que tendría sus sospechas y estaba escudando alguna mujer. Pero ahora no pienso así ya.

—Hum... — Roger no pareció muy seguro —. ¿No es una reminiscencia imitativa este caso, no? ¿No mandó una vez algún loco bombones envenenados al jefe de policía mismo? Un buen crimen se imita alguna vez, como usted sabe.

Moresby se iluminó.

—Es divertido que usted lo diga, señor Sheringham, pues es la misma conclusión a que llegué. Probé toda otra teoría posible, y en cuanto puedo saber no hay un alma que pueda tener interés en la vida de Sir Guillermo, ya sea por motivos de lucro, venganza o lo que usted quiera, que no haya tenido que tachar del asunto. En realidad, casi casi decidí que la persona que mandó eso fué alguna loca, fanática religiosa o social que probablemente no lo vió nunca a él. Y si ese es el caso, — Moresby suspiró — malhaya la suerte que tengo de echarle las manos algún día.

—Si no entra el azar, como a menudo lo hace — dijo Roger con ánimo — y lo ayuda —. Una tremenda cantidad de casos se soluciona por un golpe de pura suerte, ¿no es así? El azar vengador haría un título excelente para un film.

Para ser exactos, hay que decir que Roger se inclinaba a admitir la conclusión del inspector, de que la tentativa de quitar la vida a Sir Guillermo Arstruther y efectivo asesinato de la infortunada señora Beresford debían ser obra de algún loco criminal desconocido.

Fué el azar, en un encuentro ocasional, casi una semana más tarde, lo que trasladó su interés de lo académico a lo personal.

Roger estaba en Bond Street, pronto a pasar la deprimente ordalía de comprar un sombrero nuevo. A lo largo de la calle vió de repente que la señora Verreke-le-Flemming se le venía encima. Esta era una dama pequeñita, exquisita, rica y viuda, que se sentaba a los pies de Roger cada vez que él le daba oportunidad. Pero ahora ella habló. Charló, de hecho, y charló y charló. Y Roger que más bien gustaba de charlar él mismo, no podía soportar eso.

—¡Oh, señor Sheringham! Justamente la persona que tenía ganas de ver. Señor Sheringham, cuénteme. En confianza, ¿usted se encargará de este horrible asunto de la muerte de Juana Beresford?

Quedé horrorizada cuando oí eso, sencillamente horrorizada. Usted sabe, Juana y yo éramos tan íntimas amigas. Enteramente íntimas. Y la cosa tremenda, la cosa en verdad terrible, es que la pobre Juana fué la propia causante de su desgracia. ¿No es eso abrumador?

Roger no trató ya de escaparse más.

—Supongo que es lo que llaman ironía trágica — siguió charlando la señora Verreker-le Fleming —. Ciertamente fué trágico y nunca oí nada de ironía tan espantosa. Usted sabe la apuesta que hizo con su marido, por supuesto; así que él tuvo que conseguirle una caja de bombones, y a no ser por eso Sir Guillermo no le habría dado nunca los envenenados y se los habría comido él, y adiós. Bueno, señor Sheringham — la señora Verreker-le-Flemming bajó la voz hasta un susurro conspirador, y miró alrededor en el modo clásico. —Nunca le dije esto a nadie, pero se lo digo a usted porque sé que lo apreciará: Juana no hacía juego leal.

Le asegura que había visto el drama antes. Fuimos juntas en la primera semana que lo daban. Ella sabía quién era el canalla todo el tiempo.

—¡Santo cielo! (Roger se impresionó tanto como podía desearlo la señora Verreker-le-Flemming). ¡El azar vengador! ¡Ninguno de nosotros queda inmune de él!

—¿Justicia poética, quiere decir Vd? — gorjeó ella, para quien esas observaciones eran algo obscuras.

Sí, ¡pero Juana Beresford entre todas! Esto es lo extraordinario. Nunca hubiera creído yo que Juana era capaz de algo así. Era una muchacha tan bien. Un poco de cerrada con el dinero, por supuesto, considerando lo mucho que tienen, pero eso no es nada. Claro que era sólo broma con su marido; pero yo siempre creía que Juana era una muchacha tan seria, señor Sheringham. Quiero decir, que todo el mundo no habla siempre de honor, y verdad, y hacer juego limpio, y todas las cosas que uno da por admitidas. Pero Juana hablaba. Continuamente decía que tal cosa no era honorable, tal otra no era honesta o no era leal. Bueno, pagó ella misma por no jugar lealmente, ¿no es así? Todo demuestra la verdad del viejo dicho.

—¿Qué viejo dicho?, dijo Roger, hipnotizado por ese torrente de palabras.

—Pues que el agua quieta corre hondo. Juana debe haber sido honda, me temo —suspiró la señora Verreker-le - Flemming—. Era un error social ser hondo, evidentemente. "Quiero decir que ella me engañaba, sin duda. No podía ser tan honorable y sincera como pretendía siempre, ¿no es verdad? Y no puedo dejar de pensar que una muchacha que podía engañar a su marido en una cosita así, no dejaría —¡oh bueno, no quiero decir nada contra la pobre Juana, ahora que está muerta, pobre alma querida!— pero no puede haber sido tan completamente una santa de veso después de todo, ¿no es verdad? quiero decir, dijo la señora Verreker-le-Flemming, agotando de prisa sus insinuaciones, que la psicología me parece tan interesante, ¿no cree Vd., señor Sheringham?

—Algunas veces lo es mucho —añadió Roger, gravemente—. Pero Vd. mencionó a sir Guillermo Anstruther hace un momento. ¿Lo conoce también a él?

—Solía conocerlo —replicó la señora Verreker-le-Flemming, sin especial interés—. ¡Hombre horrible! Siempre corriendo tras una u otra mujer: cuando se cansa de ella ¡zas!, la larga. A lo menos —añadió la señora Verreker-le-Flemming, con cierto apuro— así me han dicho.

—¿Y qué sucede si ella rehusa que la larguen?

—¡Oh, estoy segura que no lo sé. Supongo que Vd. oyó lo último.

Roger estaba siguiendo otro orden de ideas.

—¡Qué lástima que Vd. no estuvo con los Beresford en el Imperial, aquella noche. No habría hecho nunca esa apuesta si Vd. hubiera estado. Supongo que Vd. no estaba ¿no?

Roger parecía muy inocente.

—Yo? —interrogó a la señora Verreker-le-Flemming sorprendida— Dios mío, no. Estaba en la nueva revista, en el Pabellón. Lady Gavelstake tenía un palco y me pidió que me agregara a su grupo.

Roger mantuvo con resolución el resto de la charla, en el tema teatral. Pero antes de dejar a su amiga, se aseguró de si tenía fotos de la señora Beresford y también de sir Guillermo y obtuvo permiso de tenerlas por algún tiempo. En cuanto estuvo fuera de su vista, llamó un taxi y dió la dirección de la señora Verreker-le-Flemming. Pensó que era mejor aprovechar el permiso mientras ella no se lo hiciera pagar con otra charla.

La mucama parecía creer que no había nada extraño en su misión y lo llevó en seguida a la sala de recibo. Un ángulo de la sala estaba dedicado a las fotos en marco de plata de los amigos de la señora Verreker-le-Flemming y había muchas. Roger las examinó con interés y, finalmente, se llevó no dos, sino seis fotos, las de sir Guillermo, señora Beresford, Beresford, dos hombres desconocidos que parecían de la época de sir Guillermo y, al final, una imagen de la misma señora Verreker-le-Flemming. Roger gustaba de embrollar sus pistas.

Por el resto del día estuvo muy ocupado.

Visitó una biblioteca pública, por ejemplo, y leyó en una obra de consulta; después tomó un taxi y se hizo llevar a las oficinas de la compañía Anglo Oriental de Perfumería, donde inquirió por un señor José Lea Hardwick y pareció muy desconcertado oyendo que ese caballero ni era conocido de la casa y, ciertamente, no era empleado en ninguna de sus sucursales.

Luego se hizo llevar a la casa Weall y Wilson, la conocida institución que protege los intereses comerciales de particulares y aconseja a sus subscriptores en las inversiones. Aquí se enroló como subscriptor y, explicando que tenía una suma considerable para invertir, llenó uno de los formularios de pedido de informes, con el encabezamiento de "Estrictamente Confidencial.

Luego fué al club Arco Oris, en Piccadilly. Se presentó al portero sin un rubor, como en conexión con Scotland Yard, y le preguntó al hombre una cantidad de cosas, más o menos triviales, en relación a la tragedia.

—Sir Guillermo, entiendo, que no cenó aquí la noche antes?— dijo, finalmente, como al pasar.

Allí apareció que se equivocaba Roger. Sir Guillermo había cenado en el club, como lo hacía unas tres veces por semana.

Pero yo había entendido que no estuvo aquí esa noche? —dijo Roger, lamentándose.

El portero insistió. Recordaba muy bien. Así también un mozo del restaurant que el portero llamó a corroborar.

Sir Guillermo había cenado tarde y no había dejado el comedor hasta las nueve, más o menos. Habrá pasado unas horas allí, lo sabía también el mozo, pues él mismo le había servido un whisky y soda en el salón, más tarde.

Roger se retiró.

Pareció que necesitaba algún nuevo papel de carta, impreso, de una clase muy especial y a la joven, en el mostrador, le especificó con prolijidad de detalles aburridos, exactamente lo que quería.

La joven le entregó el libro de muestras y le preguntó si algún estilo de esos le convenía. Roger los ojeó, observando, gárrulo, que un muy querido amigo le había recomendado la casa Merton, del cual amigo tenía consigo una foto, por casualidad, en ese momento. ¿No era una coincidencia curiosa? La joven admitió que lo era.

—Hace unos quince días, creo, que mi amigo estuvo aquí la última vez —dijo Roger, sacando la foto—. ¿Lo reconoce?

La joven tomó la foto, sin interés aparente.

—¡Oh, sí, recuerdo! Era también por papel de carta, me parece. ¿Así es que ése es su amigo? Bueno, este es un mundo chico. En este renglón vendemos mucho ahora.

Roger volvió a su departamento, a cenar. Luego, sintiéndose inquieto, salió vagando por el Albany Hotel y llegó a Piccadilly. Erró por el Circus, pensando muy fuerte, y se detuvo en un momento insólito para observar las fotos de la nueva revista en el Pabellón. La cosa próxima de que se dió cuenta era que se había alejado hasta Jermyn y estaba parado fuera de teatro Imperial. Miró los anuncios de la Calavera Crujiente y vió que empezaba a las ocho y media. En su reloj vió que era veintinueve minutos más tarde. Tenía que emplear la noche de algún modo. Entró.

La mañana siguiente, muy temprano para Roger, visitó a Moresby, en Scotland Yard.

—Moresby —dijo, sin preámbulo— necesito que Vd. haga algo para mí. ¿Puede encontrarme un chófer de taxi que tomó viaje desde Piccadilly Circus o sus cercanías, a las nueve y diez, más o menos, la noche antes del crimen de Beresford, hasta el Strand, por el final, más o menos, de Southampton Street, y otro chófer que tomó viaje de retorno entre esos puntos?

El resto del día lo pasó, en apariencia, buscando comprar una máquina de escribir de ocasión. Estaba muy exigente de que fuera una Hamilton número 4. Cuando los del negocio trataban de inducirlo a considerar otras marcas, rehusaba mirarlas, diciendo que un amigo le había recomendado tanto la Hamilton número 4, el que había comprado una hacía tres semanas, más o menos. Quizás era este mismo negocio. ¿No? ¿No habían vendido una Hamilton número 4 en los tres últimos meses? ¡Qué raro!

Pero en un negocio habían vendido una Hamilton número 4, dentro del mes último y eso era más raro aún.

A las cuatro y media Roger volvió a su departamento del hotel, para esperar la comunicación de Moresby. A las cinco y medio llamó el teléfono.

—Hay catorce chóferes aquí, emporcando el piso de mi oficina —dijo Moresby, con grosería—. ¿Qué tengo que hacer con ellos?

—Guárdelos hasta que yo llegue, inspector-jefe— replicó Roger, con dignidad.

La entrevista con los catorce fué bastante breve, sin embargo. A cada hombre, por turno, Roger le mostró una foto, , teniéndola de modo que Moresby no pudiera verla y preguntaba si reconocía su pasajero. El noveno afirmó que sí, sin vacilar.

A una seña de Roger, Moresby los despidió y luego se sentó en su mesa y trató de parecer muy funcionario. Roger se sentó sobre la mesa, con aire nada oficial y balanceó sus piernas. Mientras lo hacía una foto cayó sin ser notada del bolsillo al suelo, con la cara para abajo, bajo la mesa. Moresby la vió, pero no la alzó.

—Y ahora, señor Sherigham —dijo— quizás quiera contarme, señor, lo que ha estado haciendo.

—Por cierto, Moresby —dijo Roger, con blandura—. Su trabajo para Vd. Realmente resolví la cosa, ¿sabe? Aquí está la prueba y tomó de su cartera de mano una vieja carta y la dió al inspector-jefe. ¿Esto fué escrito con la misma máquina que la letra de Mason, falsificada, o no lo fué?

Moresby la estudió un momento, luego sacó la carta falsificada de una gaveta y comparó las dos minuciosamente.

—Señor Sherigham —dijo sobriamente— ¿dónde consiguió esto?

—En un negocio de máquinas de escribir, de ocasión, en St. Martin's Lane. La máquina se vendió a un cliente desconocido, hace un mes. Identificaron al cliente por esta misma foto. Como sucedió, esa máquina la usaron en la oficina por un tiempo, luego que fué reparada, para verla en perfecto orden y me fué fácil obtener una muestra de su trabajo.

—¡Hum! Está muy bien hasta ahora —concedió Moresby—. Pero ¿y el papel de Mason?

—Eso —dijo Roger, calmo— se extrajo del muestrario de Merton, de papeles de carta, como adiviné que podía ser el caso por los bordes muy amarillentos. Puedo probar el contacto del criminal con el libro de muestras y hay una hoja que falta en él, que ciertamente resultará ser la hoja de la carta.

—Eso está muy bueno —dijo Moresby— más cordial.

—En cuanto al chófer del taxi, el criminal tenía una coartada. Usted oyó cómo la destruí. Entre las nueve y diez y las nueve y veinticinco, de hecho mientras el paquete tiene que haberse dado al correo, el asesino fué apurado a esa vecindad, yendo quizás por ómnibus o por subte, pero volviendo en taxi, pues el tiempo se acortaría.

—¿Y el asesino, señor Sherigham?

—La persona cuya foto está en mi bolsillo —dijo, sin bondad, Roger.

—¿Quién fué el asesina, pues, señor Sherigham? —repitió Moresby.

—Estaba tan lindamente planeado —siguió Roger, como soñando—. Nunca se nos ocurrió, ni por un momeno, que nos equivocábamos por la base, como el criminal quería desde el principio.

—¿Y qué era eso? preguntó Moresby.

—Pues que el plan había abortado. Que otra persona indiferente había sido muerta. En eso estaba lo bello del plan. El plan no abortó. Tuvo un éxito brillante. Otra persona no fué muerta. Era muy la persona señalada.

Moresby abrió la boca de sorpresa.

—Pero, ¿cómo diablos saca Vd. eso, señor?

—La señora Beresford era el objetivo todo el tiempo. Por eso era tan ingenioso el enredo. Todo fué previsto. Era perfectamente natural que sir Guillermo pasara los bombones a Beresford. Fué previsto que buscáramos al criminal entre los asociados de sir Guillermo y no de la muerta. Quizás fué también previsto que el crimen se considerara como obra de una mujer.

Moresby, incapaz de esperar más, arrebató la foto del suelo.

—¡Santos cielos! Pero señor Sherigham, ¡Vd. no quiere decir que... sir Guillermo mismo!

—Quería quitar del medio a la señora Beresford. No hay duda que a ella le gustó bastante al principio, aunque era su dinero lo que perseguía todo el tiempo —continuó Roger.

—Pero lo malo era que ella cuidaba demasiado su dinero. El lo necesitaba de cualquier modo, o todo o en parte, pero ella no alojaba. No hay duda en cuanto al móvil. Hice un lista de las firmas en que él tiene intereses y obtuve un informe sobre ellas. Están oscilando todas y cada una. Ya había acabado con su propio dinero y tenía que conseguir más.

En cuanto a la nitrobencina, que tanto nos intrigó, es muy sencillo. Yo busqué y hallé que, además de las aplicaciones que Vd. me dijo, se usa ampliamente en perfumería. Y él tiene negocios de perfumería. La Compañía Anglo Oriental de Perfumería. Ahí está cómo puede saber que es tóxica, por supuesto. Pero yo no pensaría que se proveyó allí. El sería más ducho que eso. Quizá fabricó la substancia del mismo. Cualquier chico de escuela sabe cómo tratar el benzol con ácido nítrico para obtener nitrobencina.

—Pero —tartamudeó Moresby— sir Guillermo... estuvo en Eton, que es clásico...

—¿Sir Guillermo? —dijo Roger, cortante—. ¿Quién habla de sir Guillermo? Le dije que la foto del criminal estaba en mi bolsillo. Sacó de un tirón la foto en cuestión y aprontó con ella al aterrado inspector-jefe con ella: ¡Beresford, hombre! ¡Beresford es el asesino de su propia esposa! ¡Beresford, que aun tenía anhelos de una vida más alegre —siguió más suavemente— no necesitaba su esposa, sino el dinero de ella. Concibió este plan, previendo toda posible contingencia que pudiera surgir. Estableció una coartada fácil, por si alguna vez se sospechara, llevando a su mujer al Imperial y se deslizó fuera del teatro, en el primer intervalo. (Estuve aguantando el primer acto de la horrible pieza para saber cuándo venía el entreacto). Luego se apuró hasta el Strand, dió al correo su paquete y tomó un taxi de retorno. Tenía diez minutos, pero nadie notaría si llegaba al palco un minuto más tarde.

Y el resto simplemente continuó. Sabía que sir Guillermo iba al club todas las mañanas, a las diez y media, con la regularidad de un reloj; sabía por certidumbre psicológica que conseguiría que sir Guillermo le cediera los bombones si él se lo sugería; sabía que la policía se pondría en caza tras toda clase de falsas pistas, partiendo de sir Guillermo. En cuanto al papel de envoltura y la carta falsificada, el con todo cuidado no las destruyó, pues calculaba no sólo distraer la sospecha, sino efectivamente apuntar lejos de él hacia algún loco anónimo.

—Bueno, es muy ingenioso Vd., señor Sherigham —dijo Moresby, con un leve suspiro, pero sin ningún rencor.

—Muy ingenioso, de veras. ¿Qué era lo que le dijo esa dama que le mostró todo en un relámpago?

—Y no fué tanto lo que me dijo literalmente, como lo que oí entre sus palabras, por decir así. Lo que me contó es que la señora Beresford sabía la respuesta en esa apuesta; lo que deduje es que, siendo la clase de persona que era, era muy increíble que hubiera apostado algo sabiendo la solución del enigma. Ergo, no apostó. Ergo, no hubo tal apuesta. Ergo, Beresford mintió. Ergo, Beresford quiso conseguir esos bombones por otra razón que la expresada por él.

Por supuesto que él no habría dejado a su mujer aquella tarde hasta no haberla visto comer o de algún modo hacerle comer, a lo menos seis bombones, dosis más que mortal. Por eso estaba el tóxico en esos dosis meticulosas de seis gotas. Y así también podía comer él un par de ellos, por supuesto. Un golpe maestro ese.

—Bueno, señor Sherigham, le estoy muy agradecido, señor. Y ahora tengo que ocuparme yo. Se rascó la cabeza. El azar vengador, ¿eh? Bueno, yo puedo decirle que hay algo bastante gordo que Beresford dejó al azar vengador, señor Sherigham. Suponga que sir Guillermo no le cediera los bombones, después de todo. Suponga que los hubiera tenido para sí y dado a una de sus propias amigas.

Roger mugió positivamente. Sentía ya una especie de orgullo personal con Beresford.

—Realmente, pero, Moresby, no hubiera tenido ningún resultado serio que sir Guillermo obrara así. Dele crédito a mi hombre, por ser lo que es Vd. ¿No imagina que mandó los envenenados a sir Guillermo, no. ¡Claro que no! El mandaría inofensivos y los cambiaría por los otros, yendo a su casa. ¡Qué diablos! no se iba a desviar así para dar ocasiones al azar.

Y Roger añadió:

—Si Azar es, realmente, la palabra

TODOS los números un cuento policial. Lea en el próximo la historia del misterioso asesinato de la Casa del Pavo Real, novela corta de G. K. Chésterton.

La Pálida Esposa de Toussel

★

por

W. B. SEABROOK

ILUSTRACION DE GUEVARA

¿Qiénes eran los convidados cuya sola presencia silenciosa bastó para enloquecer a la esposa del rico plantador Mathieu Toussel?
Este relato se desarrolla en las serranías del interior de Haití, la isla mágica, célebre por sus brujos negros, resucitadores de muertos.

Un anciano y respetado caballero de Haití, cuya esposa era francesa, tenía una joven sobrina llamada Camille, hermosa mestiza a quien presentaron ante la sociedad de Port - au - Prince abrigando la secreta esperanza de que realizara un brillante matrimonio. Su propia familia era pobre. De su tío no se podía esperar dote alguna, puesto que tenía que mantener a los suyos y no era rico. Pero la costumbre de la dote prevalece aún en Haití, de modo que aunque muchos jóvenes la cortejaban, ninguno mostraba intenciones matrimoniales.

Cuando se acercaba a los veinte años de edad, Matthieu Toussel, un rico plantador de café de Mome Hopital, la pidió en matrimonio. Era muy moreno y doblaba a Camille en edad; pero tenía fortuna y sus maneras eran muy finas. Su hermoso bungalow estaba situado en la ladera, rodeado de un jardín espléndido. Tenía un gran automóvil y se le veía a menudo en los cafés y en los clubs. Corría el rumor de que Matthieu estaba afiliado a alguna secta misteriosa, pero en Haití se murmuran las mismas cosas de cualquier ciudadano que se ha tornado rico y poderoso. El no exigió dote y prometió ser generoso con ella y con el resto de sus parientes. Estos ayudaron a que ella lo aceptara como esposo.

El rico plantador llevó a su pálida esposa a la montaña, y casi por un año ella fué feliz, o al menos fingía serlo. A veces descendían juntos a Port - au - Prince y asistían a las soirées de los clubs. Toussel permitía que Camille visitara a sus familiares cuantas veces quisiera y le costeaba los estudios a un hermano de ella que estaba en Francia.

La familia de Camille comenzó a notar, gradualmente, que las cosas no iban tan bien como parecían. Aquélla se mostraba nerviosa en presencia de su marido; hasta daba la impresión de encontrarse atemorizada. La madre trató de ganarse la confianza de su hija y ésta, poco a poco, le abrió su corazón. No. Su marido nunca la había maltratado; siempre se mostraba amable y considerado. Pero había noches en las que parecía extrañamente preocupado; entonces montaba en su caballo y se perdía entre los cerros, volviendo, a veces, al amanecer, todavía más extraño y más preocupado que en la noche anterior. Y había algo en el modo con que la miraba que sugería que ella no era ajena a esas preocupaciones secretas. Tenía miedo de sus pensamientos y tenía miedo de él. Sabía instintivamente que la causa de esas excursiones nocturnas no podía ser otra mujer. No era celosa. Una mañana, creyendo que su esposo se había internado entre las montañas, esperaba su regreso apoyada en la ventana, cuando lo vió salir de una habitación que existía en el jardín y a la que él llamaba su "oficina", diciendo que allí guardaba todos sus papeles de negocios y hacía sus cálculos. Siempre estaba cerrada con llave.

Le contó todo esto a su madre y cuando terminó la anciana respiró, aliviada.

—¿Has visto? — le dijo. — Todas cuestiones de negocios. Quizá esté combinando alguna mezcla de café que no le sale del todo bien, lo que le obligará a encerrarse a hacer nuevos cálculos o a dirigirse a la aldea para consultar a otras personas. Todo esto es muy natural. Lo demás es obra de tu imaginación nerviosa.

Esta fué la última conversación razonable que sostuvieron madre e hija.

Llegó el aniversario de la boda. Esa noche Tousel salió, advirtiéndole a su mujer que no lo esperara. Ella imaginó que él, en su preocupación, había olvidado el aniversario, lo que la mortificó bastante. Se acostó temprano y se durmió. A media noche oyó que la llamaban, y vió a su marido, de pie, al lado de la cama, levantando una lámpara. Estaba vestido de etiqueta, por lo que ella dedujo que había vuelto hacía tiempo.

—Vístete con tu traje de novia y ponte lo más hermosa posible — le dijo. Vamos a una fiesta. — Se alegró en medio de su somnolencia. Creyó que un tardío recuerdo de la fecha lo había impulsado a prepararle una sorpresa.

—Tómate todo el tiempo que quieras — agregó él. — No hay apuro.

Más o menos una hora después, Camille estuvo lista.

—¿Dónde está el coche? — preguntó.

—No hace falta — contestó él la fiesta tendrá lugar aquí.

Notó que había luces en la habitación del jardín. Su marido no le dió tiempo para preguntar o para protestar. La tomó del brazo y la llevó al interior. La oficina — si alguna vez lo había sido — estaba trasformada en comedor, alumbrado por altos candeleros. Había un aparador grande y anticuado y algunos floreros de cristal tallado. Soportaba varios platos que contenían ensaladas y fiambres y algunas botellas de vino. En el centro de la habitación se veía una mesa cubierta con un elegante mantel de damasco. Estaba adornada con flores y brillante platería. Cuatro hombres, también vestidos de etiqueta, pero cuyos trajes les caían muy mal, estaban ya sentados a la mesa. No se levantaron ni volvieron sus cabezas cuando ella entró. Había vasos de vino medio vacíos delante de ellos. Esto le hizo suponer que etsaban ebrios. Se sentó. Toussel hizo lo mismo, enfrente de ella; ambos tenían un invitado cada lado. Toussel habló. Su voz era extraña:

—Yo te pido... que perdones a mis invitados su... su aparente rudeza. Ha transcurrido mucho tiempo... desde... que ellos... probaron vino... se sentaron como ahora, a la mesa... con... con tan hermosa anfitriona... pero ahora... ellos beberán contigo, si... levanta sus brazos, como yo levanto los míos... brinda con ellos... mas... se levantarán y... bailarán contigo... más...

Cerca de ella, los negros dedos de uno de los silenciosos huéspedes estaban apretados alrededor de un vaso de vino, derramando algunas gotas. El terror hizo presa de ella. Tomó un candelabro y lo acercó a la cara del hombre. Vió que estaba muerto. ¡Los invitados eran cadáveres! Quedó sin aliento, por un instante. Pero luego lanzó un grito y escapó hacia la puerta. Toussel no pudo alcanzarla. Corría enloquecida por el jardín, gritando, pasó la verja, salió al al camino. La juventud y el terror prestaron alas a sus pies. Unas madrugadoras mujeres que volvían del mercado la encontraron sin sentido a un lado del camino. Su delgado vestido estaba hecho jirones, sus blancos zapatitos de desposada destrozados, uno de ellos sin taco.

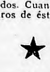
Bañaron su rostro para volverla en sí y comenzaron a discutir sobre quién pudiera ser.

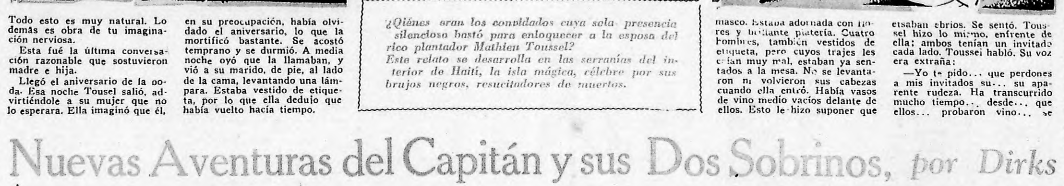
Nadie imaginó que se trataba de Madame Toussel: quizá ninguna de ellas la había visto antes. No sabían si llevarla al hospital de las hermanas católicas o, lo que sería mejor para ellas, a la comisaría local, relatando los hechos. Su ruidosa disputa pareció despertarla. Dió señales de comprender lo que hablaban y dando su nombre de soltera pidió que la llevaran a casa de sus padres. Allí, una vez vista por los médicos, se recobró algo y sus parientes obtuvieron, a través de sus histéricas palabras, una idea de lo que había ocurrido. Mandaron, ese mismo día, a un grupo de hombres en busca de Toussel. Pero éste había huido, así como todos sus sirvientes, a excepción de un viejo, que dijo que Toussel estaba en Santo Domingo. Entraron en la "oficina" y encontraron la mesa todavía tendida para seis personas. Había vino derramado en el mantel y una confusión de sillas y botellas tiradas. Los platos estaban aún intactos en el aparador. Pero fuera de esto no encontraron nada.

Toussel nunca volvió a Haití. Dicen que ahora vive en Cuba; pero se considera inútil perseguirlo. ¿Qué podría probar contra él la acusación de una mujer cuyas facultades mentales se suponen alteradas? Y así, como me la han contado, la historia termina con un encogimiento de hombros de parte de quien la escucha, ante la imposibilidad de llegar a cualquier conclusión.

¿Qué siniestro, quizá criminal encantamiento, del cual su esposa iba a ser la víctima, maquinaba Toussel? ¿Qué hubiera sucedido si ella no escapaba?

No encuentro respuesta razonable a estas preguntas. Existen leyendas de lúgubres y abominables hechos llevados a cabo por ciertos hechiceros que pretendían revivir a los muertos; pero, según mis conocimientos, no pasan de ser leyendas. Y lo que ocurrió aquella noche, nos lo cuenta una mujer enloquecida. ¿Qué habrá de cierto en todo eso? Quizá pueda ser expuesto en una sola frase: Matthieu Toussel preparó para su esposa un banquete - aniversario al que concurrieron cuatro invitados. Cuando ella miró a los rostros de éstos, se volvió loca.





Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









PAZ EN EL SENO DEL HOGAR









COMO EN LAS BOITES









EL DELICIOSO CANTICO











★

Los que Colaboran

Jose P. Barreiro — Periodista y político. Nació en la Capital Federal. Estimulado por José Ingenieros, fundó en 1920 "Claridad". Fué secretario de redacción de "La Hora", la revista de Augusto Bunge. Su prestigio en el país se debe a su especialización en escritos polémicos, históricos y políticos. Anuncia varios libros: uno sobre "La superstición y la barbarie en la política Argentina"; otro sobre cuestiones federalistas, y un tercero, sobre Sarmiento.

Carlos Pérez Ruiz — Es abogado. Participó del movimiento ultraísta. Colaboró en "Martín Fierro", "Proa" y la revista "Oral". Es también dibujante.

M. B. Seabroo — Viajero y periodista norteamericano de fama mundial. Autor de un libro sobre los derviches árabes y otro sobre los brujos negros de Haití. En sus excursiones más peligrosas es acompañado por su esposa. Actualmente prepara un libro sobre los caníbales, para lo cual acaba de visitar el interior de Africa y otras regiones salvajes.

Bady Concha — Es un "swami" chileno. Ha viajado por el lejano Oriente y está especializado en estudios teosóficos. En Buenos Aires, recientemente, dictó un ciclo de conferencias.

Concepción Ríos — Poeta, periodista. Ha colaborado en los principales diarios y revistas del país. Primera cronista femenina del parlamento argentino. Nació en Entre Ríos. Ha publicado un libro de versos.

Santiago Dossetti — Es un joven escritor uruguayo. Reside en Minas. Su especialidad son los relatos de ambiente rural.

★

bros Recibidos

Carlos Astrada — El Juego Existencial (filosofía). Edit. Babel.

César Klug — La Tecnocracia y la Crisis (prosa). Edit. Tor.

Jack Riquet — En el País de la Coima (novela). Colecc. Flecha.

Ovidio Pracilio — Cartas del Frente (prosa). Edit. Tor.

Juan Andrés Cuello Freyre — Porqué Estamos con Bolivia (prosa).

Ildefonso Pereda Valdés — Música y Acero (poemas). Montevideo.

Delfina Molina y Vedia de Bastianini — Delfíneas (prosa y verso). Edit. García Santos.

Upton Sinclair — El final de la Crisis (prosa). Edit. Tor.

Emma R. de Mosto — Semper (prosa). Edit. Tor.

D. A. de Santillán y J. Lazarte — Reconstrucción Social (prosa). Edit. Nervio.

Franklin D. Roosevelt — Mirarando Adelante (prosa). Edit. Tor.

Roberto G. Paterson — Nos y Otros (ensayos). Edit. Perrotti.

Guido Reni — América Trágica (ensayos). Edic. Olandorff. Berlín.

Sacha Lopovkine — Mundo (versos). Edic. Letras.

B. Rodolfo Aprile — El Hijo de Martín Fierro (verso). Edic. Jacobo Peuser.

Ribeiro Couto — Noroeste — (Poemas) — San Pablo (Brasil).

Juan Antonio Ahumada — Canción del Amor Serrano — (Poemas) — Prólogo de Raúl Orgaz

ENTREVISTA FINAL

"SI tú vienes a beber con nosotros, me quedo", le dijo él. Y, en realidad, si hubiera quedado un poco más en Moukden habría perdido el Philippar!

Fué, allí, en un dancing ruso, donde vi por última vez a Albert Londres. Ello ocurría durante el año chino del Tigre, el primer día de la tercera luna, o, dicho en otros términos, el 6 de abril de 1932. Aún el día 7 se quedó hasta las dos de la mañana.

El 16 de mayo, el célebre Albert Londres, mi buen camarada, desaparecía en el Mar Rojo (verdaderamente rojo) durante el incendio del barco.

Esta catástrofe debía sumirme en duelo por la pérdida de varios amigos queridos. He ahí la roca en cabeza de león de Gardafui: Yo la he pasado dos veces de día y una de noche. Y, he ahí el navío blanco con sus caprichosas chimeneas cuadradas, maravilla de nuestros astilleros. En Yokohama, admirando sus magestuosas líneas, lamentábame no partir en él.

En la noche bochornosa de los somalíes, se desliza sobre las aguas negras y llenas de misteriosas fosforescencias. Los puentes se hallan desiertos. De las cabinas frasciende el zumbido monótono de los ventiladores, y la leve palpitación de las máquinas parece arrullar a los coloniales que sueñan adormeciéndose. "Mañana estaremos más cerca de París..."

De repente una ensambladura crepita. Comienza un trágico griterío de mujeres y niños, que ha de durar horas interminables. El caos se posesiona de todos y los oficiales hacen heróicos pero vanos esfuerzos por conjurarlo.

Albert se despierta. Después de la guerra ha pasado por muchos momentos de peligro, sin embargo, su rostro pálido que muestra una pequeña barba rubia, prolijamente cuidada, trasunta una íntima emoción, que sus cabellos en desorden parecen acentuar. El incendio del Phioloppar será un artículo más... Pero un raro presentimiento se enseñorea en su espíritu. No obstante, él piensa salvar el tesoro de sus papeles, que han traducido sus inquietudes y sus desvelos. No abre a timepo la puerta y el fuego le pone un cerrojo de llamas a su celda. Prisionero, en un esfuerzo supremo logra izarse hasta el tragaluz.

"Saltad al agua", le *gritan* desde el puente superior, pero él piensa en los tiburones.

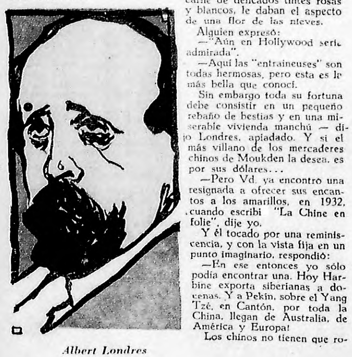
Alguien le alcanza una manga. Con todo su peso se cuelga de ella. Horrible descuido: ¡No había sido fijada! Ocho metros más abajo el agua tibia y obscura forma mil remolinos. Su cuerpo se precipita en el vacío para perderse bajo la capa de apariencia viscosa. Felizmente el choque debió rendirle inconsciente antes de que dos mandíbulas obscuras y monstruosas se abrieran como un paréntesis de muerte.

Más allá, uno de los tripulantes ha visto la rápida escena y se inclina sobre la borda: "¡Merde! ¡C'était pas amarrée! ¡Oh! le pauvre bougre...

Luego se salva como puede. Nadie se eterniza tratando de contrarestar un error ajeno, máxime cuando todo arde.

En el café Moukden, ya el 7 de abril, había notado a Michka preocupado, sombrío; menos vivaz que en nuestros anteriores encuentros en "Le Quotidien" y "Le Petit Journal". ¿Qué raro presentimiento le asaltaba cinco semanas antes de su muerte?

El Moukden es una "boite" semejante a las que los rusos emigrados han diseminado por todo el mundo.



Albert Londres

Afuera, la ruda primavera de la Manchuria. Deshielos sobre los tejados de la ciudad moderna y sobre los cuchitriles del barrio chino. Chapotear de harapientos por las calles fangosas, patrullas japonesas, las epidemias y el terror. A alguna distancia rondan los cortadores de orejas. Más allé se erigen Harmine: último vestigio de la rusa blanca, Vladivostok, Rusia roja en plena germinación.

Levantado desde el alba había entrevistado a un general nipón de los manchúes rebeldes, y luego había vagado por los alrededores. Comí en casa de unas gheisas donde había un grupo de europeos. *Dos pisos* de calor, de luz y de música. En las mesas, americanos, suecos, búlgaros y amarillos del Asia entera.

Los acordes polífonos de una orquesta internacional nos transportaban desde Buenos Aires hasta Viena, con los compases somnolientos de sus tangos, la locura de los foxtrots y la cadencia exquisita de los *valses vieneses.*

Casi encima de nuestras cabezas se balanceaban carteles que en todos los idiomas rezaban: "No credit"... Y para completar el pintoresco cosmopolitismo una nota bien americana: Las taxis girls.

—Señor Cónsul, dijo Londres, ¿le agradaría que invitáramos a Lola de Siberia?

El Cónsul francés en Moukden, Mr. Crépin, *asintió* graciosamente con una fina sonrisa de consagrado diplomático digna de Robert de Flers.

M. Barbara, *otro gran* camarada, tradujo la invitación a la joven. Pero ella sólo conocía su dialecto siberiano. Rehusó sentarse con nosotros, y para acentuar su indiferencia, bebió, casi desdeñosa, su agua coloreada. Ella únicamente se embriagaba, al cerrar el dancing, con sus compañeros de la orquesta.

Era muy joven. Alta. Su talle *esbelto aprisionado por un sen*cillo traje negro que dejaba entrever pequeñas porciones de su carne de delicados tintes rosas y blancos, le daban el aspecto de una flor de las nieves.

Alguien expresó:

—"Aún en Hollywood sería admirada".

—Aquí las "entraineuses" son todas hermosas, pero esta es la más bella que conocí.

Sin embargo toda su fortuna debe consistir en un pequeño rebaño de bestias y en una miserable vivienda manchú — dijo Londres, apiadado. Y si el más villano de los mercaderes chinos de Moukden la desea, es por sus dólares...

—Pero Vd. ya encontró una resignada a ofrecer sus encantos a los amarillos, en 1932, cuando escribí "La Chine en folie", dije yo.

Y él tocado por una reminiscencia, y con la vista fija en un punto imaginario, respondió:

—En ese entonces yo sólo podía encontrar una. Hoy Harbine exporta siberianas a docenas. Y a Pekín, sobre el Yang Tzé, en Cantón, por toda la China, llegan de Australia, de América y Europa!

Los chinos no tienen que rogar mucho a esas blancas. Ellas *vienen expresamente. Ellos las* pagan.

Yo repliqué:

—Los hombres de Oceanía, los africanos, los americanos negros, y, en fin, todos los pueblos de color del mundo y no solamente los asiáticos, se han convencido que la mujer blanca es la más bella, la más voluptuosa, que es superior a las otras. Ellos las prefieren, las *desean, las llaman...*

—Y ellas acuden, dijo Londres. ¿Habréis notado esa?

—Yo pienso, agregué, que el resultado de estas migraciones, de la moda, del cine, de toda nuestra propaganda a la gloria de la mujer blanca será por mucho tiempo la más importante novedad del siglo.

Londres sacudió la cabeza con negligente ironía.

—*Veremos, murmuró. En to*do caso el Asia es el principal mercado. Conozco bien su centro de atracción. Preguntadle a ella a dónde sueña ir.

Mr. Barbara le tradujo.

—¡A Shanghai!, gritó la bella rusa, apasionadamente.

—¡Shanghai!... repitió Michka, meditabundo. Moderna Babilonia donde todos los sortilegios del oro viven en constante *abrazo! El juego, la especula*ción, los contrabandos, la guerra, y para intensificar la circulación de los beneficios, el tráfico esencial: el de las mujeres.

—Después de su "Camino de Buenos Aires", Vd. podría escribir "El camino de Shanghai" sugirió alguien (creo que nuestro eminente Cónsul).

Londres, como íntimamente tocado, se estremeció. Después he pensado muchas veces en su expresión de honda angustia.

—Tendría muchas historias que contar, susurró casi confusamente.

—Usted ayudará el esfuerzo de nuestros administradores para que la divisa del "French Settlement" no llegue a ser: Un francés menos, una francesa más.

El rió francamente:

—En efecto, los grandes profesores de virtud del mundo: los anglo sajones de todas las parroquias han enseñado a los coolies manchúes que las francesas —las parisienses— son las mujeres más libertinas de la tierra, y entonces hasta el más insignificante mandarín pide a su comisionista una de esas "super blancas". El proveedor hace el encargo invariablemente a Marsella o a París. Y luego guiñando un ojo añadió:

—Allí, señores puritanos, el género femenino es más honesto de lo que vosotros pretendéis. Sin embargo el atractivo de la aventura con la crisis...

Calló *repentinamente* y su semblante tomó una expresión de dureza:

—Desde luego, todas las hijas de Eva son locas, refunfuñó salvo una...

Frase en que se traslució todo entero su limpio corazón paternal, infinitamente tierno.

Luego expresó con gesto de profecía:

—"¿El camino de Shanghai?" Sí, es la nueva ruta de prostitución que reemplazará a la antigua. La China es más libidinosa que la América del Sud. Ella comienza a gastar sus riquezas, mientras que la Argentina y Chile, están arruinadas, endeudadas...

Después se encorvó con movimiento desacostumbrado en él, y tan bajo que su acento doloroso fué *apenas* perceptible:

—Pero yo no escribiré eso jamás —dijo—. No, yo tengo otros proyectos...

Un instante después se levantó.

—Vuelvo al hotel. Mañana debo partir para Tientsin, al mismo tiempo que echaba una última mirada a la maravillosa siberiana. Su suerte se había *decidido en ees momento.* Y agregó:

—Ninguna mujer tiene para mí el atractivo diabólico de un simple billete de terrocarril.

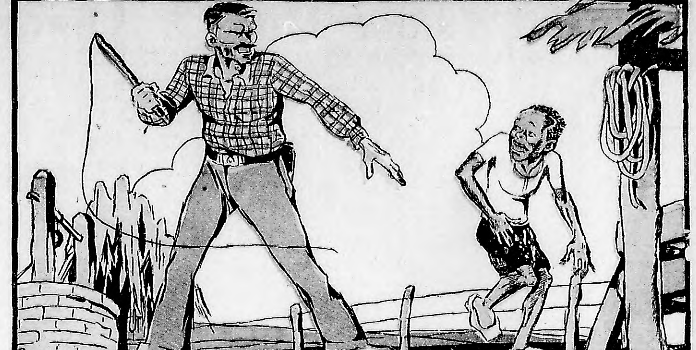
Salimos del café Moukden. El aire era glacial pero vivificante. Súbitamente surgieron bajo los faroles, blasfemando como bandidos, diez coolies adolescentes. Eran ellos de los que piensan mal de nuestras parisienses.

Y por última vez, en ese extraño y exótico escenario estreché la mano ya un poco inerte de Albert Londrés.

por

Enrique Chambly

Ilustración de Güida



EL NEGRO NIEVES

NIEVES tendría diez y seis años. Era físicamente aniñado. Había venido a la estancia, desde la ranchería miserable, sumida en los rincones del campo, siguiendo la trayectoria de sus padres y sus hermanos mayores. Para los negritos, la estancia abría las puertas del mundo. Tenía atracción de puerto. Vista desde la cuchilla pelada, donde los ranchitos sin árboles desafiaban el horizonte, la estancia sólo mostraba su puntilla blanca entre el atavío verdinegro de las acacias. Era la primera esperanza asomándose a la vida de los negros. Sugería sopas calientes, leche tibia y tiernos asados de oveja, de esos asados que albean la boca y las manos de grasa rápidamente coagulada. No mostraba la dureza, la ingratitud y la incomprensión que llevaba adentro como un carozo.

Nieves se insinuaba un peón fuerte y sufrido. Palo de toda obra. Era mofletudo, de brazos torneados y pecho saliente. Los pies explayados de andar descalzos, con los dedos abiertos, sostenían unas piernas firmes, ligeramente arqueadas y panzudas en la pantorrilla. Con el ojo de lince que tenía el patrón para los apartes, Nieves no se le podía escapar. Lo eligió de chiquito, cuando recién comenzó el negrito a gatear, tirado dentro de una batea en desuso, en la cocina de los peones.

—Che, negra. Este va ser pa mí. — No se precisaban más palabras. La madre quedaba advertida.

La morena no lo sintió irse. Tampoco lo había sentido venir. Vino como los demás, traído por el cansancio y las noches. La separación no era definitiva, porque ella seguiría sirviendo en la estancia, periódicamente, mientras tuviera fuerzas. Retornaría al rancho, a rumiar su vejez, cuando los negritos fueran hombres. Estos, en inocente función de su fatalidad, seguirían sembrando muchachos para la miseria y la servidumbre. Los ranchos flore*cían en "sobrinos", para recargo de las negras viejas.*

Nieves empezó a luchar esperanzado, premioso por eludir la niñez, que representaba la tarea agobiante y accesoria del mandadero común, el "piquete" atado a soga corta. Escapado de su pantaloncito a la rodilla, iría a cortar maíz, a montear, a reponer los zarzos arrancados de cuajo por las crecientes bufadoras. La faena brutal del campo era, en cierto modo, la libertad. No se conquistaba con zalamerías ni vacilaciones. Había que bracear contra los compañeros de labor y contra la Naturaleza. El hecho de ser negro no contaba, si conseguía abatir los novillos más corpulentos, tras el silbido seco del lazo. Sus hachazos, los hachazos con que iría abriendo albardones claros en la espesura del monte, habían de oirse fuera de la arboleda, en continuidad que fatigara el oído. Nieves saboreaba la futura *plenitud física con la misma* fruición que dispensaba el agridulce de las pitangas amoratadas. Con el pensamiento puesto en el mañana atlético, lleno de triunfos sobre peones corpulentos y avezados en las lidias campesinas, Nives solía robarle horas a la siesta caliginosa, tirado boca arriba en los cueros del galpón. Respiraba hondo y su cuerpo de muchacho elástico despegaba la fatiga que se le iba encostrando en los músculos como barro de greda blanca.

Cuando conocí a Nieves (Molles de Gutierrez abajo), tendría aquel, por cálculo de la cocinera gruñona, unos diez y seis años. La carne áspera y sin brillo. Cara de peste o tristeza. Los tobillos puntiagudos amenazaban agujerear la piel caspienta. En el filo de la canilla enflaquecida tenía una melladura circular. Cosas de los *peones, que una madrugada que el negrito se pegó* a los cueros de oveja, lo despertaron con un tizón encendido. La quemadura se encascaró. Al tiempo comenzó a sangrar.

Unas hojas de mercurio maceradas y ensalivadas, acallaron el grito de la carne. El frío de las mañanas en el ordeñe, completó la obra de la peonada, formando un cuerpo violáceo en la pierna de Nieves. Un cuerpo que le iba tirando el cuero hacia el hueso.

Anillada por un trapo mugriento, la herida le impidió por mucho tiempo montar a caballo. Para montar "como los italianos", con la pierna dura y estirada hacia la paleta, prefería seguir rengueando en los patios de la estancia, y dejar en libertad a su petizo lobuno. Así fué como el patrón y los capataces lo olvidaron. Lo dejaron en las casas, en el trajín menudo y contínuo. Allí rodaba entre bichos, sirvientas e imprecaciones:

—Ahora tas completo: negro y rengo...

La plenitud precoz de Nieves se detuvo de pronto. Fué un "pollerita" para sus compañeros robustos.

El negrito empezó a entristecerse. Se olvidaba de los encargues. Chorreaba el mate dulce de la patrona o le mezquinaba la canela. Ponía el maíz para las gallinas en bolsas agujereadas. Las cosas se le caían de las manos. Embotado, enflaquecía y se achicaba. Para avivarlo y sanarlo, los habitantes de la estancia aplicaban un viejo ungüento: el arreador de trenza. Cura o mata, decían. Y era verdad. El silencio enfermo de Nieves, lo iba proclamando a todos los vientos.

Nieves parecía comprender su destino de vegetal. Lozano, fresco y alegre en la mañana cargada de rocío. Mustio y entristecido en el mediodía, encendido de soles apasionados. La raíz, engarfiada en la tierra seca y sin amor.

¡No poder ser hombre en un medio donde ser niño era un pecado!...

Una siesta de domingo caímos a la estancia, una punta de muchachos del contorno, azote de nidos silvestres. Unos con licencia. Otros, eludiendo la vigilancia paterna. Era lindo arriesgarse hasta las mangueras, el monte o los membrillares a correr lagartos con mirada humana, que se daban tumbos graciosos al despertar azorados. Las barrigas escamadas fulgían al sol y los



trozos de colas solían quedar viviendo por un rato entre las manos, cuando los lagartos se apretaban entre los pasadisos de las piedras.

Los hijos de don Gregorio, el patrón, (el "amito" como decían los negros), capitaneaban la cuadrilla. Ejercían la dirección tácita de las acciones de los demás muchachos. De lugar en lugar, de emoción en emoción, fuimos a dar a la caballerizas, distantes pocas cuadras de las casas. Allí don Gregorio tenía su santuario de gaucho engreído: los fletes de pelo corto y sedoso, que se podían bañar con un buche de agua. Los ruidos de la estancia no podían llegar a las caballerizas. Era orden seca y terminante.

Nieves *advirtió nuestra maniobra* desde las casas y corrió a señalarnos el peligro. Su desesperación sofocada por la respiración fatigosa, dió salida a su asombro al ver el atrevimiento de los muchachos, en pocas palabras:

—El amito no quiere. El amito se enoja!...

Como si estuviéramos convenidos, nos mofamos a coro de la inquietud del negro.

—Negro mujercita. Siempre sos el mismo maula...

Y comenzamos el burdel, subiendo la escalera de la troja, arrojándonos mazorcas, saltando, gritando como poseídos. Los caballos se levantaron, con las orejas hacia adelante, de las camas de pasto seco.

Cuando quisimos acordar, don Gregorio venía cruzando el patio cuadrado que formaban las caballerizas y la troja. En mangas de camisa, rítmico, lento, decidido, con el arreador colgado del manguito plateado que siempre sobresalía en la cintura. La presencia súbita de don Gregorio nos arremolinó como a pollos asustados por la tormenta. Don Gregorio hizo una pregunta feroz, con los labios plegados, revolviendo los ojos autoritarios. A Nieves, el pájaro negro de la bandada, se le apretó el corazón. Clavado por la indecisión, estaba al frente del concurso. Por un momento solo se oyó nuestra respiración apurada.

—Vamos a ver: ¿quién los trajo a las caballerizas? — inquirió el estanciero. Le contestó el silencio unánime de las caras encendidas y sudorosas. Después repitió la pregunta, acercándose al grupo. Y de pronto, como iluminado por la certidumbre:

—Ah, fuistes vos negro trompeta... Yo te viá arreglar, pedazo de inútil...

Llevó el brazo a la cintura y luego lo levantó al aire. Lo dejó caer.

Un soplo fresco, de alivio, pasó de pronto por el patio asoleado.

Don Gregorio procedió con su antigua dignidad de señor del pago. Pegaba con ritmo de sembrador. Una y otra vez. Lentamente. Con los labios apretados, acompañando el latigazo con un quejido.

Nieves, que no podía huir, solo atinaba a esconder la pierna herida, hecho un ovillo convulso entre el polvo.

* * *

En la tardecita, ya olvidado del suceso, encontré a Nieves detrás de los galpones de la estancia. Apagaba con agua fresca la sed de su vieja herida, reflorecida en rojo violáceo. Sentado en el suelo y curvado, el negrito miraba la pierna, tenaz y amorosamente, como si fuera un camino o un pozo profundo.

SANTIAGO DOSSETTI

ILUSTRACION DE SORAZABAL

PERFILES RAROS

TODO hombre se parece a un animal. De esta observación puede hacerse una ciencia cuya aplicación acaso se ignora; pero la juzgo de positivo valor para conocer el alma humana.

Observaremos que cada hombre en su parecido animal, físicamente, sufre las mismas variedades de aquéllos.

De modo que cuando decimos, Napoleón ha sido Aguila debemos distinguir qué clase de aguila. Fijándonos bien se ve que ha sido: Aguila Real.

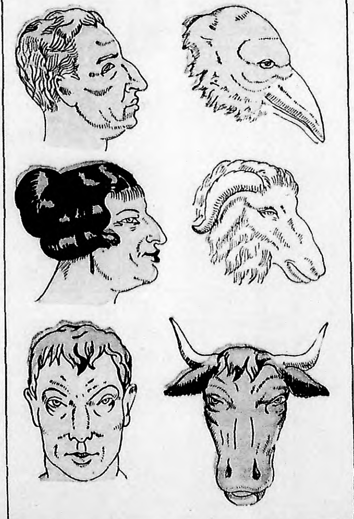
Pero cuando decimos que el príncipe de Gales ha sido leopardo podemos asegurar que es un leopardo en descenso.

Clemenceau fué tigre de primer agua; obsérvese su fotografía y haciendo un leve esfuerzo de concentración aquella fisonomía va adquiriendo poco a poco el mascarón de un tigre. Hoover, Bismarck, Hindenburg, han sido bull dogs de primera magnitud, y hay quien ha sido bull dog chico, insignificantes, casi un mastín. He ahí el método de llegar a saber a qué clase de animal corresponde un hombre o una mujer.

Sara Bernhardt fué pantera de clase. Lenin oso muy superior. Alfonso XIII caballo en descenso, pero perfectamente caballo. Carlitos Chaplin un tití sentimental de tal calidad que casi llega a ser gnomo.

Lola Membrives, yegua pero no de raza pura sino de árabe y castellano; de medio cuerpo para arriba yegua castellana, y de medio cuerpo para abajo yegua árabe.

Greta Garbo: sirena, es decir, más ficticio el animal que real. Algo de pez de medio cuerpo para abajo y algo de mitología de medio cuerpo para arriba, es decir, sirena.



Por el Profesor Velasco

Vicente Gallo: gallo catalán de lo mas puro. Cuando se le observa detenidamente se tiene la sensación de que va a salir cantando.

Las mujeres que han sido vacas (que son muchas), se dividen en todas las clases de ese animal; desde la suiza a la puramente criolla pasando por todas las categorías y pequeños matices o divergencias.

Las que han sido yeguas sufren los mismos fenómenos: las hay finas, potrancas, de tiro, de lujo, de carrera.

Las que han sido cotorras (que son muchas), sufren todas las variaciones y matices de este volátil. Las hay charlatanas, peleadoras, etc. Casi *siempre son petisas, muy desea*das por los hombres materialistas.

Las que han sido panteras, que generalmente son las más finas, tienen un espíritu varonil, un alma femenina y una disposición anatómica tal que se hacen amar hasta el suicidio por los hombres de poco carácter.

Las que han sido serpientes como por ejemplo Cleopatra, tienen mirada fascinadora, muslos como los de gallina, aliento magnético que enloquece, y su posesión deja a los afortunados con ese enorme deseo material que les quitará el sueño.

Las mujeres que han sido palomas son muy buenas para madres; son tímidas y fieles.

Las que han sido hurracas gritan mucho, tienen boca grande, son valientes y dominadoras pero muy hacendosas. El hombre que se case con una hurraca hecha mujer tendrá que callarse siempre. Es una mujer terrible, chismosa pero muy atrayente.

Bernard Shaw en Moscú

La curiosa actitud de Bernard Shaw y Lady Astor en su visita á Rusia, contada por un testigo presencial.

El extraño caso de la conversión de Shaw al comunismo ha causado, evidentemente, alguna confusión y no poca consternación. Casi seguro que la causa de ello han sido las incompletas noticias publicadas en Estados Unidos e Inglaterra acerca de los nueve días durante los cuales los rusos fueron una maravilla para él y él mismo fué una maravilla para los rusos.

Cuando llegó a Moscú había algunas dudas acerca de qué actitud asumiría. En 1917, solamente unas semanas después de la revolución de noviembre, mostró una semi-simpatía por los Soviets, pero burlándose de los revolucionarios. Desde entonces protestó más de una vez por las ejecuciones políticas del Soviet y, ante la consternación de los comunistas, se colocó en favor de Mussolini y los fascistas. Y para colmo de contradicción, poco después hizo franca burla de los ataques de los "tories" británicos cuando el notorio asunto de la carta de Zinovief y el ridículo allanamiento de la Arcos de Londres y acogió con entusiasmo el anuncio del Plan Quinquenal.

Ahora este autor, el más conocido en el mundo entero, iba a celebrar su 75 cumpleaños en la Unión Soviética. Los ojos de toda Europa y América estarían sobre él y sobre Rusia. Sus discursos serían telegrafiados largo y tendido. ¿Qué diría? El, que todo lo había ridiculizado, ¿ridiculizaría a los Soviets? ¿Qué influencia tendrían sobre él los conservadores y aristócratas que viajaban en su compañía, lord y lady Astor y el marqués de Lothian?

Estas eran las preguntas que se hacía el grupo oficial del Soviet y los escritores que, por medio de una entrada especial, habían sido admitidos en la plataforma del ferrocarril, en la estación de Moscú, para dar la bienvenida a Shaw. Cuando el tren penetró en el andén, lentamente, vieron de pie, en una de las puertas del vagón, a un hombre alto, delgado, de traje oscuro, guantes oscuros y un oscuro sombrero de fieltro, que agitaba su mano derecha por encima de la cabeza, en respuesta a los aplausos y demás expresiones entusiastas de bienvenida. Su barba no pareció ya la roja barba de un cínico Mefistófeles, sino la blanquísima de un Santa Claus de simpático continente. Su saludable y sonrosado rostro se distendió con una inteligente sonrisa. Sus ojos azules centellearon con una alegría maliciosa. Todas las dudas desaparecieron: Shaw era un amigo entre amigos.

por

W. L. DANA

★

Cuando caminabamos por la plataforma, dirigiéndonos al exterior, donde una multitud impaciente aguardaba, encontré la manera de presentarle a Shaw un joven compatriota suyo, un irlandés de 18 años. En contestación a las preguntas de Shaw, el joven dijo que había venido a Moscú por diez días, llevaba ya casi diez semanas de permanencia y pensaba quedarse diez años. Shaw le dijo, entusiastamente: "—¡Si yo tuviera su edad haría lo mismo!" Y los que le acompañábamos sentimos que así lo pensaba.

En medio de las masas que le aplaudían calurosamente, llegamos al Hotel Metropol, donde Shaw y sus compañeros se alojaban. Desde allí, tan pronto como se hubo bañado y cepillado un poco, Shaw pidió ser conducido al Mausoleo de Lenín, en la Plaza Roja. Entrando a la tumba de mármol oscuro, permaneció durante un largo tiempo mirando el cuerpo de Lenín embalsamado. Quizás ningún extranjero se quedó nunca contemplando tanto tiempo el rostro de Lenín muerto. Al fin dijo:

—Un tipo de puro intelectual.

Comentando las manos de Lenín, hizo notar que, evidentemente, el gran caudillo jamás había trabajado con ellas, y agregó, con la característica exageración shawiana: "—Sus antepasados, evidentemente, no han trabajado con sus propias manos por espacio de seiscientos años—" aserción que probablemente no se puede aplicar a ningún mortal

Lady Astor, para no ser menos, insistió: "—No es un proletario; es un aristócrata". Shaw respondió: "—Usted querrá decir un intelectual, no un aristócrata".

De la tumba de Lenín, Shaw pidió ser conducido al Kremlin. De la terraza del antiguo palacio de los zares se veía la cercana Iglesia del Salvador, una monstruosidad edificada a mediados del siglo XIX. Señalándola Shaw dijo: "—Lo que ustedes necesitan no es un plan quinquenal económico sino un plan quinquenal estético". Sin embargo, cuando un poco más tarde vió cuan cuidadosamente los comunistas han preservado la belleza de las primitivas iglesias rusas y cómo las cruces y las águilas imperiales bicéfalas permanecen intactas, Shaw, complaciéndose en una nueva paradoja, expresó: "—Ustedes, los rusos, no han procedido como perfectos revolucionarios. Enrique VIII en Inglaterra y Cromwell en Irlanda destrozaron monasterios. Nosotros, los ingleses, sabemos proceder revolucionariamente. Ustedes, en Rusia, son tan solo revolucionarios que recorren la mitad del camino".

Los rusos, como buenos primitivos, estaban dispuestos a creer en las ocurrencias de Shaw y comenzaban a sentir que quizás el escritor tenía razón y que no habían llevado bastante lejos sus ataques a la religión. Recién comenzaron a entenderlo cuando Shaw, subiéndose a lo alto de un gran cañón del Kremlin, dijo que lo hacía para posar en las fotografías "como un pacifista".

Dentro del gran hall donde el Congreso de los Soviets sesiona, Shaw pidió permiso para probar las propiedades acústicas del recinto y, bruscamente, subió a la tribuna de los oradores. Se oyeron gritos de ¡Que hable! ¡Que hable! Shaw bajó su cabeza, se atusó la blanca barba, abrió la boca y todos nosotros esperamos la palabra del oráculo. Nos sorprendió lanzando un sonido melodioso, sin articular palabra. Lady Astor, para no ser menos, subió al estrado y comenzó un discurso:

"Soy una conservadora. Soy una capitalista. Soy contraria al comunismo. Pienso que todos ustedes son terribles".

Al descender de la tribuna me dijo: "—Es esta la primera vez que ellos han oído decir esto aquí". Sin embargo, los comunistas, lejos de estar disgustados, parecían divertirse con su audacia.

Durante los nueve días de su estadía Shaw mostró una inagotable curiosidad. Pidió ser conducido a las prisiones de Estado. Se interesó especialmente por una destinada a la reforma de ladrones jóvenes. Le pidieron a Shaw que dijera unas palabras. Entonces, ante la consternación de los guardianes y el enorme regocijo de los jóvenes ladrones, habló así:

"Cuando yo era chico acostumbraba a robar también, pero robaba con tanta habilidad que nadie me pudo prender. Ladrón no es el que roba sino el que se deja prender. Todos ustedes deben haber sido bien pobres ladrones. Fuera de las fronteras de Rusia miles de criminales están en libertad, han cometido y siguen cometiendo diferentes clases de crímenes. No han sido prendidos a causa de que cometen sus crímenes con habilidad; pero llegará el tiempo en que ellos también serán prendidos".

Después Shaw pidió ser llevado a un tribunal, donde los criminales eran juzgados de acuerdo al sistema soviético. Shaw comprendió que esos tribunales existían no tanto para castigo como para educación del criminal. Al salir dijo: "—Ustedes llaman a esto Tribunal del Pueblo, pero deberían llamarlo Escuela del Pueblo".

El día siguiente Shaw pidió ver los trabajadores en sus talleres. Observó atentamente el alegre celo con que los hombres trabajaban. Cuando le pidieron hablar, dijo:

"¿Cuál es la diferencia entre un obrero inglés que produce más y uno ruso? Si nuestros trabajadores producen más, eso sirve meramente para que algunos rentistas prolonguen su estadía en la Riviera. Cuando ustedes trabajan más ligero hacen posible la conclusión rápida del Plan Quinquenal. El trabajo de ustedes está llevando a la cima la construcción del socialismo. Cuando retorne a Inglaterra trataré de persuadir a los trabajadores ingleses de que hagan como ustedes han hecho y establezcan un sistema en el cual trabajen para el servicio público y no para el provecho privado de unos cuantos individuos".

Lady Astor habló también a los trabajadores: "Ustedes, los trabajadores rusos, son demasiado orgullosos. Más orgullosos aún que los trabajadores de Inglaterra". Los obreros le contestaron: "Tenemos derecho a serlo. Hemos dado cumplimiento al Plan Quinquenal en dos años y medio. Estamos construyendo una República de Trabajadores".

Otro día le fué ofrecido a Shaw un lunch por escritores y editores. Cuando le pidieron a Shaw que hablara, éste, con un gesto malicioso, dijo: "¿Hay algunos editores presentes?" Cerca de la mitad de los asistentes al lunch levantaron las manos. Shaw balanceó la cabeza, fingiendo pesar. "Esto es muy malo, dijo. Los escritores no pueden hablar libremente en la presencia de los editores. Para los editores, que son generalmente buenos comerciantes que explotan a los escritores, nosotros somos pobres infelices en materia de negocios".

Lunacharsky, el antiguo comisario de Educación Pública, familiarizado con seis idiomas y también autor de algunas piezas teatrales, trató de explicarle que en el Soviet sucedía precisamente lo contrario: "Aquí los escritores están bien pagos. Ellos explotan a los editores", dijo.

Shaw exclamó: "—Muy bien. ¡Vendré a vivir aquí!"

Lady Astor dijo: "—Ustedes no son tan libres como si estuvieran en una tierra democrática. ¡Ustedes no son libres!" Shaw interrumpió: "—A lo menos, Lady Astor, ellos están libres de la ilusión de la democracia".

Al final, alguna dulce alma pacifista trató de que todo terminara felizmente, haciendo esta observación: "—Bueno, Mr. Shaw, de todas maneras usted es un amigo del pueblo ruso". Shaw no quiso darles esa satisfacción. "—¡No! —exclamó— Yo no soy amigo de ningún pueblo en conjunto. Me reservo el derecho de criticar cada pueblo, incluído el ruso". Y abandonó la reunión con una sonrisa que, a despecho de lo que acababa de decir, era benigna y completamente amistosa.

Un día fué a los estudios cinematográficos y le sacaron un film mientras decía un discurso sobre Lenín. Algunos días después fué personalmente a verse en la pantalla. El discurso comenzaba así: "Sus Majestades. ¡Mis señores y aristócratas! Camaradas del proletariado..." Más tarde, algunos rusos expresaron su sorpresa porque Shaw hubiera empezado su discurso con la salutación "Sus Majestades". Shaw explicó: "—Quedan pocos reyes. Dichos reyes están interesados hoy en día en las películas habladas. Desearían oírse en ellas. He sido lo suficientemente cortés como para incluirlos..."

Shaw hacía en el film una comparación entre las dos grandes tumbas del mundo actual: la de Napoleón y la de Lenín. Declaraba que la tumba de Lenín tiene más importancia que la de Napoleón, y agregaba:

"Si el experimento que Lenin inició con éxito triunfa, ello significará el principio de una nueva era en el mundo. Si el experimento falla, entonces me despediré de ustedes con melancolía, cuando muera; pero si el futuro es el futuro que Lenín vió, entonces podremos sonreír y mirar hacia adelante sin temor ninguno".

Visto y Oído ★ *Un nombre fanfarrón* ★ por PREMIANI



BIBLIOGRAFIA

FRANCISCO R. VILLAMIL — "Caracol marino". — Montevideo, 1933.

★

Este libro, curiosa antología del error, agota las maneras más diversas de eludir la poesía. El escritor (de algún modo hemos de llamarlo) exhuma los errores peculiares de Julio Herrera y Reissig, como si los actuales no le bastaran. Maneja con igual naturalidad la cursilería de pasado mañana y la de anteayer.

Suele cultivar las variantes:

El buen oído se goza en el si-
[lencio;
en la fina y serena comarca del
[silencio,
en la honda y sedante caricia
[del silencio,
en la quieta guitarra del silen-
[cio,
en la fresca cisterna del silen-
[cio,
en la copa de oro del silencio.

También las voces matemáticas para simular precisión:

Un ángulo de garzas en el azul
[metálico
progresando hacia el decaimien-
[to de la tarde
por el camino ideal de un pa-
[ralelo
me sumerge en la conciencia del
[Transcurso.

También la deliberada pedantería (ya acometida victoriosamente en la estrofa anterior, norma de versos indecibles):

Ah! Tender las velas desde el
[cono de sombra propicia
atravesando torvos océanos de
[luces herméticas,
islas radiantes, cruzar toda la
[leche de Hera
singlando a más distantes né-
[bulas extragalácticas!

También el mero balbuceo de palabras goteadas, que quiere ser confundido con laconismo:

Tarde de plata.
Anteojos. Péndulos. Acanto.
Camino de palmeras hacia la
[fuente.
Física del mundo.
Vivir ahí. Lila de las glicinas.
Rostro de puras líneas frescas
[y ruborosas.
Tu grácil elegancia arqueada
[sobre el agua.
Dueños aquí, por siempre. Olvi-
[dar lo pasado
Cada semana. Claveles y silen-
[cio.

También la alegoría en todo su horror:

Atravesaba a nado el mar de
[los problemas
para aspirar la flor de una her-
[mosura nueva...
Sus brazadas medían las conca-
[vidades,
y desde la garrocha de una hi-
[pótesis
adornaba los montes de pará-
[bolas.

También las órdenes despóticas, de ejecución más bien improbable:

Alma mía, decanta la esencia de
[tu goce,
depura la rudeza de la forma
[pristina,
decora de elegancia tu recia va-
[ronía.

También los imprudentes consejos:

Confía en el motor de tus razo-
[namientos,
en el goniómetro de tu agudeza,
en la esencia de tu cultura,
e impulsa tus aviones a todas
[las estrellas,
y hazlos dar saltos y "loopings"
[sobre lo absurdo.

También el helenismo y la sastrería:

Quisiera ir al país de la alego-
[ria
para tenderme bajo los som-
[bríos matorrales
a acariciar mis pensamientos
[sobre lo bello;
para usar una túnica como la
[de Mercurio,
y hundir mis manos en las ca-
[belleras de naranja
de las gracias danzantes, y com-
[petir con el dios aéreo
en el juego elegante que entre-
[abre las gasas.

De otros errores es espejo y norma el señor Villamil, pero no puedo transcribir todo el libro. Recomiendo su examen apasionado a los curiosos y "amateurs" del mal gusto, entre quienes me cuento. Casi descreo del placer de los libros buenos; prefiero el de los otros.

J. L. B.

Un ensayo notable

★

TRANSCRIPCION de la memoria anual leída por el profesor K.... en la asamblea de socios de la Liga Organizadora de Especialización Racionalizada, correspondiente al 25o. ejercicio.

Señores asociados: La Memoria que tengo el honor de elevar a ustedes correspondiente al pasado ejercicio de nuestra Asociación, será un reflejo de las actividades de la entidad durante un cuarto de siglo, ya que en la fecha conmemoramos las bodas de plata de la Liga Organizadora de Especialización Racionalizada. Creo que el esfuerzo desarrollado durante este lapso de tiempo no ha sido estéril. Hoy podemos vanagloriarnos de contar con elementos de tal valía en las diferentes especialidades a que nos hemos dedicado, que han superado con mucho nuestras más optimistas previsiones.

Cabe mencionar que en el corto período transcurrido desde la fundación, no ha sido posible observar los efectos de la educación especializada sino en los propios sujetos experimentados, no así en sus descendientes de los que mucho esperamos como más adelante explicaré.

Siguiendo una formalidad de práctica paso a reseñar la historia y desarrollo de este brillante organismo. Pocas veces resulta tan adecuada esta palabra como en las actuales circunstancias. La idea de los fundadores fué la de crear un organismo genial colectivo. Convencidos de la imposibilidad de hallar un individuo que poseyera cualidades destacadas, más aun geniales, no ya en una facultad o sentido determinado, llegaron a elaborar el proyecto de formar una Asociación destinada a obtener un plantel de seres especializados hasta el genio cuyo conjunto formaría el organismo anhelado.

Sabían, y así ha sucedido, que estos elementos especializados no habrían de adquirir tal grado de perfeccionamiento de sus facultades sino a costa de un empobrecimiento, de una atrofía compensatoria en los restantes.

Nuestra idea, hoy bastante avanzada, no vacilo en calificarla como el ensayo psicológico y social más importante de todos los tiempos. Psicológico, porque hemos podido comprobar como hasta ahora no fué posible qué grado de desarrollo puede alcanzar un sentido o una facultad determinada. Social, porque creemos firmemente que en nuestros experimentos está la base de una futura organización de la sociedad.

La Asociación quedó constituída el 25 de julio de 1908.

Poco tiempo después la ciudad veía, con curiosidad, levantarse las paredes de un amplio edificio de finalidad desconocida y que sería el laboratorio más formidable que la mente humana pueda concebir.

Mientras tanto, dió comienzo una de las más arduas tareas: la busca de niños y niñas con facultades destacadas, que fueran los elementos de experimentación con que contaríamos. A tales fines, ustedes recordarán, organizamos en distintos países, concursos y encuestas infantiles con valiosos premios para los que resultaran triunfantes.

En esa forma obtuvimos la base inicial para nuestros ensayos.

Una vez dado el primer paso, empezaron a surgir dificultades de toda índole al entrar en la segunda etapa del plan, algunas de carácter legal. No era posible iniciar los experimentos sin tener la seguridad de poderlos continuar hasta su terminación y eso atemorizaba un tanto a los padres de las criaturas triunfantes en los concursos, ya que la primera condición establecida en los contratos era, que la Liga tenía derecho a que los niños quedaran sometidos a las reglas que aquella dictara. Pero el dinero, que casi todo lo puede, llegó en muchos casos a triunfar sobre el amor paterno.

A pesar de todo nuestra Asociación fué llevada algunas veces ante la justicia, inculpada de realizar verdaderos actos de esclavitud, pero no obstante todas las dificultades, henos aquí triunfantes.

Dividimos nuestros ensayos, y por ende nuestros laboratorios en dos grandes divisiones: la sensorial y la mental.

La primera tenía tantas secciones como sentidos tiene el ser humano; así pues, contamos con las siguientes: hipervisuales, hiperauditivos, hiperolfativos, hipergustativos e hipertáctiles.

La segunda comprendía las secciones de: hipermnemonia, hiperimaginación, hiperinteligencia, hiperraciocinio, hipervoluntad, etc.

A su vez estas secciones contaban con subsecciones tales, como por ejemplo el departamento de hipervisuales se subdividía en hipervisión cercana y lejana, nictalopía, etc.

En materia de hipermicrovisión, hemos hecho comprobaciones interesantes en las que el sujeto ha podido — mediante un procedimiento gradual de curvatura y dilatación del cristalino — observar aspectos de la vida microbiana y celular, los que eran corroborados por el informe de un técnico con ayuda del microscopio.

Para llegar a este excelente resultado, no ha bastado la simple educación intensiva del sentido óptico, sino que ha sido necesario recurrir a operaciones de deformación y aun de injertos de tejidos pertenecientes a animales en los que la cualidad perseguida es característica.

Estamos empeñados en la tarea de preparar sujetos capaces de percibir ondas lumínicas de frecuencia superior e inferior a las normales, es decir, rayos ultravioleta e infrarrojos, pero no podemos en conciencia afirmar que el éxito haya sido definitivo.

Excelentes resultados hemos obtenido con sujetos especializados en los sentidos restantes.

Uno de los graves problemas que se nos planteó, se refiere a las grandes dificultades que tuvimos que vencer para proveer a los especializados del descanso necesario, para lo que tuvimos que recurrir a dispositivos y cámaras especiales.

En la división psíquica se ha logrado obtener sujetos con facultades mentales tan desarrolladas que han confirmado con creces nuestras predicciones.

Contamos en la sección hipermnemónica, con memoristas de tal capacidad, que algunos son un verdadero archivo o enciclopedia, dotados de una memoria de casilleros que no necesitan sino una interrogación para proveer de todos los datos y conocimientos que se refieren al punto cuestionado.

En general les basta una sola lectura o audición para que el tema quede grabado en sus mentes en forma indeleble.

De igual manera contamos con genios razonadores, calculistas, imaginativos, etc., y si bien los experimentos han sido coronados por el éxito, podemos afirmar que aun estamos en la etapa inicial.

Para seguir adelante contamos con una ley natural de la que pensamos sacar provecho y llegar a resultados que nunca se hubieran logrado a no existir la institución a que tanto nos enorgullece pertenecer. La ley a que aludo es la ley de la herencia.

Mediante uniones racionales de nuestros sujetos pensamos llegar al límite de nuestras experiencias. Con esas uniones de sujetos de una misma especialidad y distinto sexo — de nuevos seres con cualidades de especialización hereditaria, perfeccionada luego por el entrenamiento progresivo a que serán sometidos —, creemos llegar a una etapa de nuestras experiencias que será verdaderamente maravillosa.

El otro rumbo a seguir es, no ya la obtención del superejemplar especializado, sino la cruza, la mestización obtenida por la unión entre sujetos de sexo distinto y cualidades también diferentes.

A tal efecto hemos instalado una oficina cuya tarea es la elaboración de planes de unión, verdaderos árboles genealógicos del futuro, en los que se preverán los entronques necesarios para obtener, por ejemplo, la fórmula de un buen gobernante, un artista plástico, un militar, un teólogo, etc.

Desgraciadamente las leyes de la herencia no son de resultados matemáticos y por tanto, es imposible prever con certeza los productos de los diversos ensayos.

Se nos achacará que tales uniones con fines científicos y desprovistas de autoselección y por tanto de amor, son indudablemente inmorales, pero tal observación que ya previeron los fundadores del organismo, no es suficiente, ya que las ideas morales son una consecuencia de las costumbres sociales en un lugar y una época determinados, y precisamente la actual estructura social es una de las cosas que pensamos destruír.

POR

Carlos Pérez Ruiz

Ilustración de

Sorazábal

Y con esto llega el momento de dar a conocer a ustedes en forma aun escueta, el aspecto social de nuestra obra.

En nuestros laboratorios se está preparando la organización de la sociedad futura.

Será eminentemente racional, a lo que se llegará mediante la obtencion — por los procedimientos enunciados — de prototipos funcionales, que desempeñarán su misión en la sociedad y nada más que su misión.

Al mismo tiempo se conservarán ejemplares puros de especializados en una facultad mental o sentido aislado que serán los elementos de futuras uniones con fines de cruzamiento o de p[illegible]ción.

La futura sociedad tendrá verdaderos ejemplares de gobernantes, quienes no sólo no se improvisarán en sus funciones sino que sólo serán útiles en tal función.

Se contará con sacerdotes sublimes por convicción y por herencia.

Artistas de verdad con cualidades combinadas por mestización.

Obreros que serán más eficaces que las actuales máquinas.

Químicos y biólogos que no necesitarán recurrir a aparatos auxiliares para la mayor parte de sus experiencias, gracias a la adaptación.

En una palabra, queremos implantar un nuevo régimen social basado en principios deterministas y en la selección artificial, que consideramos más lógica que la natural preconizada por los antiguos evolucionistas.

Nosotros somos revolucionistas; queremos el programa máximo de la naturaleza, implantando sobre ella una verdadera dictadura científica.

En la nueva sociedad se terminará de una vez con el "dilettantismo" y el "amateurismo". Todo individuo será profesional en cierto sentido.

La legislación sufrirá modificaciones fundamentales tanto en el régimen de la propiedad, como de la familia y en general habrá una revisión total de las instituciones. El derecho represivo sufrirá una verdadera revolución, ya que el concepto de la responsabilidad penal deberá atenuarse debido al origen artificial de las creencias, sentimientos e inclinaciones.

El amor pasará a segundo plano y será reemplazado por la unión con fines científicos, base de la sociedad futura y la infracción a esta regla, será severamente reprimida como el más grave atentado contra el régimen imperante.

Todo individuo será inscripto en un registro donde se hará constar su ascendencia, sus cualidades y aptitudes, su profesión y demás datos de interés con vistas al cruzamiento.

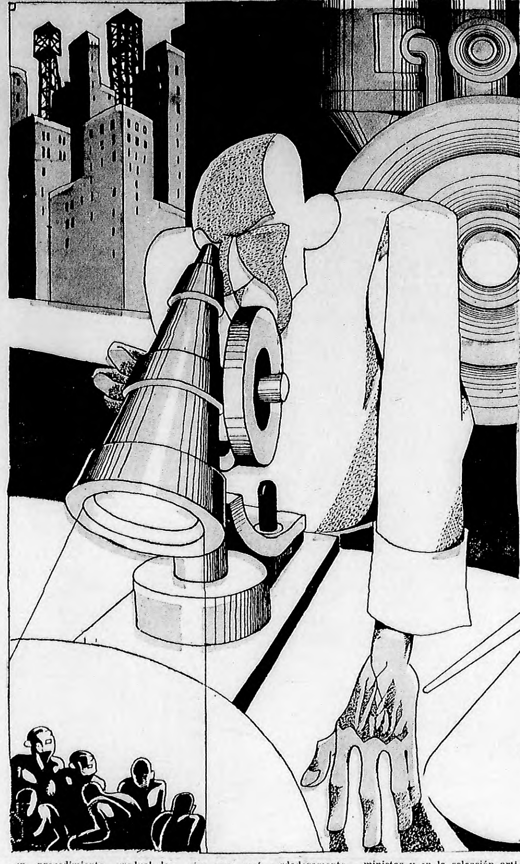
La oficina central de Procreación, con ayuda de datos estadísticos, intensificará o no la creación de tales o cuales elementos profesionales, de acuerdo con las necesidades que se preverán de tal manera que no se producirá una situación de superabundancia de médicos o de carpinteros natos, pongo por ejemplo, pues solo habrá los indispensables.

Claro está que no siendo exactas las leyes biológicas, existirán — aunque cada vez con menos frecuencia — individuos que no adquieran los caracteres previstos, los que, por inútiles, serán recluídos en establecimientos especiales.

La sociedad futura estará formada, pues, por castas, pero sin que esto signifique que haya privilegios. Todo individuo dentro de su casta tendrá derechos y obligaciones y la falta de cumplimiento de éstas será reprimida con severidad.

Y para terminar no ocultaré a ustedes que una etapa trágica aguarda infaliblemente a la humanidad.

Será esta, el momento en que comiencen a imponerse los elementos nuevos y se produzca por tanto la lucha inevitable entre éstos y los hombres del antiguo régimen, los que serán desplazados por aquellos como más aptos para sobrevivir ya que sus condiciones, adquiridas por la selección artificial, les proporcionarán un verdadero "handicap" que será decisivo para la consagración de los nuevos métodos de gobierno y la sociedad del futuro.



Museo de la Confusión

por

Anímula Vágula

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

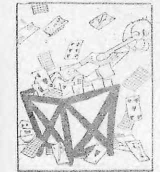
★



EN el "Carnet Social" de la revista "Para Ti", correspondiente al 28 de noviembre, me enteré de una nueva clase de aficionados que acuden a presenciar determinados espectáculos. Informa el "Carnet Social":

"Es cada vez mayor el interés que despiertan en nuestro público los partidos que se vienen jugando con motivo del campeonato abierto de polo. El número de espectadores aumenta día a día. En una de las últimas reuniones tuvimos ocasión de detallar un calificado y elegante conjunto de señoras y niñas de las cuales nos llamaron la atención: como chic y original el sombrero de Marta Cantilo de Anchorena, una boina negra con un "couteau" parado, etc.".

De seguir despertando el interés que ya se insinúa en los campeonatos abiertos, podremos observar dentro de poco en las tribunas para huérfanos militares, el palco presidencial, las tarimas de periodistas, la fila cero y las plateas reservadas al clero y la Santa Sede interesantes pares de medias Klappenbach aplaudiendo a más no poder, un doctor Mamelukes comentando las jugadas con la simpática camiseta Fofatina Sudoondo de Biombo Pehuajó, o al sugestivo joven Warrington Tres V V V cambiando opiniones con un calzoncillo del Reich.



★

Como muchos de nuestros lectores ignorarán lo qué es casarse, deseo ilustrarlos por medio del siguiente fragmento de Salvador Rueda, que explica:

"formar un solo trino en dos (risas,
dos miradas fundir una mi-(rada".

Ya se pueden ir precaviendo contra los peligros matrimoniales los jóvenes inexpertos. No vaya a resultar que al año de casados se les cambie la sonrisa en un mugido, la carcajada en un rebuzno y el rictus sardónico en un graznido o en un croar incesante. Deben cuidarse, también, de las características de tuertos virolas o cíclopes fuera de estación, que se adquieren con el aunamiento óptico, preconizado por el ágil rodador.

★

En una de esas frecuentes tarjetas de presentación de pitonisas, profesoras, madamas Sherezadas, etc., que solemos recoger en plena vereda y en alucinantes terrenos baldíos, encontré lo que sigue:

"Soy especialista en arreglos de casamientos y desuniones de familia".

La primera especialidad de la pitonisa es fundamentalmente una cruel competencia a Longobardi y otros potentados de la lona y el toldería. La segunda es de un carácter más noble y que reporta ciertas ventajas. ¿Desea Vd. evitar los inconvenientes del hermano siamés, las ataduras del cordón umbilical y los pocos ligamentos que aún lo atan a la Cabaña la Santa Unión? Acuda a la "Estrella del Gran Poder", sita en Lavadero esquina Vieytes, en los contornos del puente Barracas. El poderío de la Sibila no termina con esto. Veamos:

"Poseo la varita mágica para conseguir todo lo que deseo, reliquias, mascotas, piedra imán, talismanes los más poderosos del mundo, saumerios maravillosos, tinta mágica para escribir a las personas ausentes y volverlas sumisas y cariñosas en 24 horas".



Acepto como ventajas de la varita mágica el obsequio de talismanes, mascotas, etc., para prevenir algunas contrariedades, pero desconfío mucho de las satisfacciones que pueda reportar el uso de la tinta mágica. A lo mejor, en un descuido, la utilizamos para firmar una felicitación de Año Nuevo a Gandhi, una postal a Rabindranat Tagore, o una carta insultante al Papa y a las veinticuatro horas lo tenemos al ayunador metido en la cocina, al poeta barbudo en el toilet y al Papa en nuestro gabinetito de soltero, usufructuando los almohadones, sumiso y cariñoso. No creo tampoco que esta clase de tinta sea muy utilizada en la impresión de los grandes rotativos, aunue se han dado algunos casos de excepción con cierta frondosa hojarasca uriburada de la calle Florida que vuelta a vuelta se ve en la obligación de dispersar a balazos a los que acuden dentro de las veinticuatro y del 25 de Mayo al llamado de la tinta. Otras cualidades de la profesora de Lavadero a la altura del tartamudo guarismo 2121.

Tiro toda clase de barajas.

Una buena medida de la pitonisa, así se evita los trastornos del allanamiento por infringir la ley de juegos y los peligros del solitario.

★

De la Guía matrimonial de "El Suplemento" correspondiente al 29 de noviembre, extraje el siguiente aviso:

A. 572. — Señor jubilado con mil doscientos pesos mensuales, 52 años de edad, sano y fuerte todavía, aparentando muchos menos, contraería enlace con señorita o viuda — no importa si con hijos — honesta y seria.

Lo mejor que le podría acontecer a este señor nubilado de 52 años mensuales y mil doscientos pesos de edad aparente sería la rápida aparición de la viuda para no tener que verse en la obligación de aceptar en matrimonio a la casta Frola, con o sin hijos, a la posturerita que dió aquel mal paso, a la tendedora de Harrod's, a una turris ebúrnea o a cualquier otra reacia fanerógama, sana y fuerte todavía.



Otro interesante avisito en la misma sección:

A. 648. — Ingeniero recientemente recibido, 24 años, desea iniciar su vida hogareña al mismo tiempo que la profesional. Posee fortuna propia y no privaría a la que fuera su esposa de satisfacciones indecibles y de cuanto le hiciera falta.

No dudo que el recién recibido sea capaz de brindar a su posible compañera satisfacciones indecibles, pero desconfío que pueda al mismo tiempo, rendir el homenaje debido a unos encantadores hojuelos y calmar las incontenidas ansias de un tubo Mannesman; practicar el ósculo amatorio y acceder a los requerimientos del termo-sifón; congeniar los efluvios de la madre política con los nerviosismos de la dinamita y las botellas de Leiden o guardar el respeto debido a la santidad del hogar y dedicarse a la explotación de la mina.

★

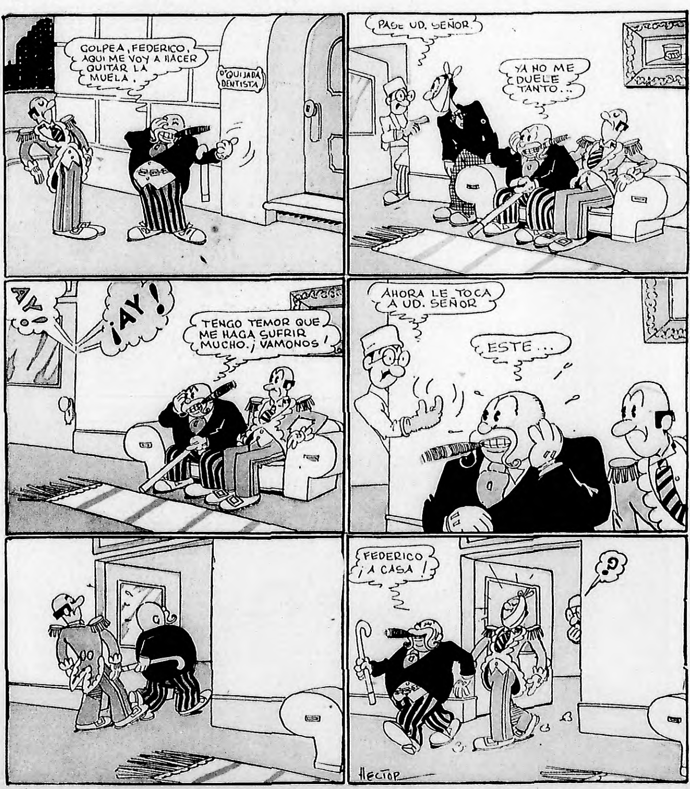
En el órgano de la Confederación Georgista Argentina, "Tribuna Georgista", del 1o. de diciembre, en un artículo titulado ¿Cuál es la causa de la miseria?, encontré lo siguiente:

En esta batalla contra el hambre no es posible cruzarse de brazos, lavarse las manos o esperar que otros vengan a salvarnos.

Confieso que no soy georgista y que estoy bien alimentado, a pesar de lo cual en ningún momento, ni aun después de haber hecho capitular tres huevos fritos y firmado una paz honrosa con un plato abundante de ravioles he podido efectuar la delicada operación de cruzarme de brazos y lavarme las manos y menos todavía lavarme de brazos y cruzarme las manos.



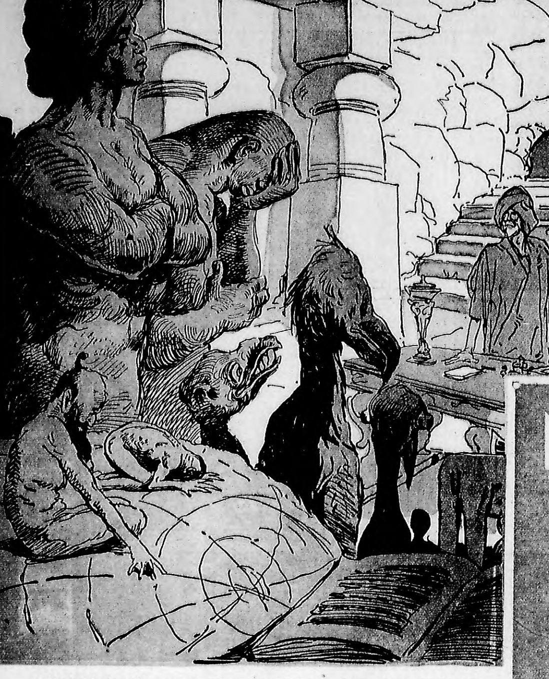
El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



El Conocimiento Oculto de los Maestros Hindúes

POR
SADY CONCHA
ILUSTRACION DE ROJAS

★



LA difusión de los múltiples conocimientos que por medio de la observación se van revelando al hombre, es una de las más altas misiones que le está reservada a la prensa.

Si bien el libro, la conferencia obedecen también a esa misma finalidad, el rotativo los supera a todos, porque pone al alcance del mayor número los resultados de las investigaciones que el hombre anhela siempre conocer, porque dentro de nuestro ser palpita la fuerza del infinito que nos llama a la eterna búsqueda de saber.

IYER afirma la existencia de hombres perfectos. — El vidente Leadbeater refiere la vida del maestro Kutumy. — Su biblioteca oculta posee enormes misterios. — El libro "A los pies del maestro" lo dictó a Krishnamurti, usando sus facultades superiores. — También ayudó a madame Blavatsky en la redacción de la doctrina secreta

De aquí la importancia que tiene la dirección de un diario y la necesidad de que su director sea un intelectual dotado de un criterio [illegible] que le permita apreciar desde un punto de vista [illegible] las fases diversas del progreso intelectual, filosófico, artístico y religioso, a fin de no cerrar el aspecto informativo a determinadas corrientes de pensamiento que el público, en su natural curiosidad, quiere conocer.

CRITICA, uno de los más poderosos órganos de publicidad, así lo ha comprendido, abriendo sus columnas para informar al gran público donde circula, respecto al saber espiritual que los grandes maestros de la India atesoran por su retraída meditación, desde milenaria época.

De acuerdo con este criterio, comenzamos hoy una serie de publicaciones que serán, sin duda, del mayor interés para nuestros lectores, ávidos de luz, en estos momentos de honda crisis material y moral en que es necesario el conocimiento para encauzar la evolución hacia el aspecto moral, donde seguramente van a tener solución los intensos problemas sociales que nos conmueven y que es urgente resolver.

No siempre los investigadores que llegaron hasta las playas de la misma India para auscultar los fenómenos extraordinarios que sus hombres más preparados pueden provocar a voluntad, alcanzaron éxito. La arcilla mterial puesta en sus manos rinde para revelar otros aspectos más sutiles de la vida que juegan tras esta sombra opaca que tanto dolor suele causar a los que no asomaron su vista más allá de la cortina material.

Pierre Loti, el famoso escritor de las "Desencantadas", expresa delicadamente su queja, cuando veía pasar en los templos hindúes, por galerías lejanas, inaccesibles al público, las figuras de hombres superiores, iniciados en los misterios, que se escurrían a lo lejos, mostrando sus rostros dulces y serenos, mientras llevaban las flores como ofrendas para la Divinidad, para efectuar ese rito que permanece velado para la mirada de los profanos.

Felizmente, otros hombres más afortunados que Loti alcanzaron el resultado que ansiaban: así, el yogi Subaramanya Iyer, refiriéndose a estos iniciados, nos dice: "A menudo óyese hablar de la existencia de una cultura occidental y de otra oriental. No cabe duda de que existen puntos de vista que justifican la adopción de tal diferencia. ¿Pero no existe una [illegible]ra única que es fundamental e indistinta? Existe, seguramente, una y la hay en realidad. Y ésta es la cultura del hombre "integral", si es que podemos usar esta expresión. Sin embargo, ahora existen ciertos hombres de una evolución integral en muchas partes del mundo, aunque al presente sea escaso su número. Yo quiero significar por un hombre completamente evolucionado, a aquellos cuya naturaleza inferior ha sido debidamente subyugada y que, por lo tanto, se encuentra bajo seguro control, mientras que su naturaleza superior se halla por completo desenvuelta. Estos, aunque raros representantes de la parte altamente evolucionada de la Humanidad, "están ansiosos de ser conocidos".

"No llevan ninguna señal visible que los denote de sus demás hermanos. Ellos son la sal de la sociedad y están contentos de jugar su rol, silenciosamente desconocidos. En estas circunstancias, ¿no habrá medios de conocer qué clase de cultura es aquella, que poseen estos hombres excepcionales?"

Precisamente, hemos querido copiar estas alusivas líneas de uno de los grandes yogis de la India, desencarnado hace poco, para justificar nuestras expectativas. Leadbeater, discípulo de uno de estos superhombres, llamado Kutumy, nos relata la vida, costumbres y pormenores de una pléyade de maestros que a él le ha sido posible conocer, estando en contacto directo con ellos, durante varios años.

Después del Cristianismo, y últimamente con Ramakrishna, otro de los maestros que en la India moderna asombró hace pocos años con sus milagros, el mundo nunca habrá leído con mayor interés las obras emanadas de estos iniciados que nos describen sus relaciones con hombres que trascendieron el velo de la materia. Si esto fuera una simple lectura novedosa, sería poco; es más que eso, es el mayor de todos los conocimientos, porque nos allega seguridad de algo que no sabíamos y cuya importancia en el rol de la vida, es, sin duda, lo mayor: saber que dentro de este cuerpo pasajero que se derrumba en las sombras de la muerte, hay algo que no muere y que tras este cortinaje espeso de la materia existen otras evoluciones, otros mundos más finos y espirituales que escapan a nuestra visión; una vez que sepamos que aquéllo es verdad, cesa el dolor y la vida se torna en una fuente de alegría y de esperanza. No sentimos ya las heridas de los tantos infortunios, desgracias y cruentas luchas que nos pidió el sostener la vida material, se da por bien ganado el precio doloroso y se abre a nuestra vista una realidad no soñada.

Tras esta revelación viene la paz infinita, aunque sigamos hollando la tierra morena que nos aprisiona. Basta que un rayo de esa liberación toque nuestro ser.

Volviendo a nuestro punto, transcribo lo que dice Leadbeater respecto de uno de estos grandes mahatmas (grandes almas).

"Describiré brevemente el valle del Tibet, donde hoy día habitan los maestros Moria y Kutumy". Luego de describir el paraje, dice: "...y cerca del puente hay una pequeña abertura que da entrada a una serie de salas subterráneas que contienen un museo oculto, cuyo guardián es el maestro Kutumy, en nombre y representación de la Gran Fraternidad Blanca".

Veamos ahora, nosotros, lo que podrá tener mayor interés para nuestros lectores, en esas salas del misterio...

"Hay allá vívidas imágenes de cada uno de los diversos tipos de hombres que han existido en la tierra, desde el gigantesco lemur de balderas articulaciones, hasta los remanentes pigmeos de las primitivas razas humanas. Modelos en alto relieve muestran las variaciones de la superficie terrestre y su configuración anterior y posterior a los cataclismos que tan señaladamente la alteraron. Enormes diagramas representan las migraciones de las diferentes razas del mundo, indicando exactamente hasta dónde llegaron sus éxodos.

Otros diagramas análogos denotan las influencias de las diversas religiones del mundo y en dónde se contaminaron adulteradamente con los residuos de otras religiones.

Admirables estatuas que parecen vivas, perpetúan el aspecto físico de los caudillos e instructores de razas largo tiempo olvidadas.

Allí se ven manuscritos de increíble antigüedad e inestimable valor, como por ejemplo el escrito por mano del mismo señor Buddha durante su última vida en que fué el Príncipe Sddharta, y otro escrito por el señor Cristo de Palestina. También se conserva en este museo el maravilloso original del libro Dzyam, escrito por la señora Blavatsky, como prolegómeno de la Doctrina Secreta. También hay escritos procedentes de otros mundos distintos al nuestro. Están asimismos representadas las formas animales y vegetales, muchas de las cuales conocemos en estado fosil, aunque de la mayor parte no tienen los naturalistas la menor idea.

Por último, hay para estudio de los discípulos reproducciones de populosas ciudades de remotísima y olvidada antigüedad.

En el museo del Tibet encontramos modelos de todas las clases de máquinas inventadas por el hombre en el tarnscurso del tiempo, y notables y copiosos ejemplos de la forma de magia empleada en los diversos períodos de la historia."

Creo que mi pluma no necesita recalcar el interés que tiene la descripción ocular de Leadbeater, frente al museo del Tibet que encierra sólo una parte de aquella maravillosa doctrina que hoy hemos empezado a conocer descorriendo el velo que ocultó todo este saber para nuestras miradas huérfanas de fe, que sólo se pasearon un tiempo por esta inmensa galería sin ilusiones que se llama la vida material.

Luego nos relata como el maestro Kutumy, desdoblando al iniciado Krishnamurti, le dicta en los Planos Sútiles, el libro: "A los Pies del Maestro", notable obra de gran valor moral, cuya sencillez le da aún mayores méritos.

Los puntos que recién hemos señalado y los que vendrán en nuestras co[illegible] sucesivas, [illegible]carán, sin duda, una nueva etapa en las informaciones de prensa, pues estos conocimientos, aunque publicados en libros que cuestan sacrificio pecuniario para el que desea adquirirlos, podrán ser obtenidos en forma más clara y comprensible por todos nuestros lectores. Innecesario nos parece manifestar que el caso del discípulo Leadbeater es uno de aquellos de mayor importancia, pues rara vez un discípulo puede presentar tal número de pruebas fidedignas que acrediten el conocimiento y relación con tales entidades.

La descripción que se hace de su casa, de los jardines que la rodean y de los terrenos que se cultivan a su alrededor, es completa y minuciosa. Los sirvientes parecen darse poca cuenta de la inmensa evolución de su patrón. A veces, lo sorprenden sentado en meditación, inmóvil, como si estuviera tallado en piedra. Suponen que está concentrado (Samadhi, perfecta concentracin de la mente) y evitan toda bulla que pueda molestarlo.

Aquí en Argentina, o en Chile, no pasaría seguramente lo mismo; si vieran meditar al patrón, le dirían o lo pensarían: "qué hacés sentado; mirá ché..." o bien, "güeno, que le agarró el sueño a mi compadre"... Pero en la India están acostumbrados a mirar a los que meditan, sienten respeto y admiración por aquéllos que se dedican a estas disciplinas. Por nuestras tierras a la hora que nuestros patrones meditarán ratos largos, es muy posible que no encontrarán a sus familiares en casa, ni todas las cosas en el mismo sitio en que las dejaron...

"Kutumy cabalga en un hermoso bayo, visita a menudo otros monasterios solitarios y anda en compañía del maestro Moria, quien vive al frente y que también acostumbra a andar a caballo para cumplir sus trabajos."

En nuestro próximo artículo revelaremos algo más de cómo conoció Leadbeater a su maestro, y rastrojearemos los rincones de la gran biblioteca donde quedan muchas cosas interesantes por contar y aprender...

EL DETALLE

POR

Concepción Ríos

ILUSTRACION DE GUIDA

★

AL abrirse el telón aparece la escena a obscuras. En seguida se oyen pasos, la puerta gira y "El" enciende la luz. Una luz opaca que diseña bordes de muebles modernos. Habitación sobria. Un living. Mesita ratona junto al diván. En una repisa, a cortos centímetros del suelo, botellas y vasos: el bar pequeñísimo de pared. "El" y "Ella" penetran sin hablar. "El" está un poco nervioso, como los chiquilines con el juguete nuevo. "Ella" trae seguridad al caminar y un gesto en la comisura de los labios, que bien puede ser de desprecio o de hastío).

ELLA (quitándose los guantes lo observa todo dando vuelta por la habitación).

EL (la deja mirar. Pasa un segundo). — ¡Curiosa!

ELLA. — Confieso mi desilusión, mi profunda desilusión.

EL. — Le advertí que esto no era un alarde de riqueza, precisamente.

ELLA. — No, si lo que me desilusiona no es el "estilo"; me alarma mi sistema nervioso.

EL. — ¿Alterado?

ELLA. — No... de ahí viene la alarma.

EL. — Sigo sin comprender.

ELLA (mirando en un rincón, una mesita servida). — Sirva el champagna, es un magnífico ayudante de la comprensión.

EL. — Preferiría entenderla sin "cuerpos extraños".

ELLA. — Eso es ya más difícil.

EL. — ¿Palabras?

ELLA. — Experiencia (se sienta, enciende un cigarrillo). — ¿Así que esto es una garconier?

EL (sonríe con intención).

ELLA. — ¿Le causa gracia, verdad? — Olvídese de mi estado... ¿Está convencido que no es la primera garconier que conozco, ¿no es eso?

EL (silencio).

ELLA. — Pues sí, mal que me pese, es la primera.

EL (exaltado se levanta y quiere tomarle las manos). — ¿Es verdad eso, María Carlota?

ELLA (conteniéndolo). — ¡Calma, muchacho, que el mérito no es suyo...! ¿Bebemos? (beben) ¡Qué rico! Champagna a las doce de la noche y en casa de un hombre soltero.

EL. — Que anhela dejar de serlo.

ELLA. — ¡Oh! ¿Tiene novia?

EL. — Pensaba en usted.

ELLA. — ¿Para esposa?

EL. — ¿Por qué no?

ELLA. — Le da resultado el sistema?

EL. — ¿Cual?

ELLA. — Este. Traer a su casa de soltero a una mujer, a las doce de la noche y ofrecerle matrimonio así, a media luz.

EL. — ¿Prefiere que se lo proponga bajo el sol de Palermo?

ELLA. — Yo no prefiero nada, no sea ingenuo.

EL (tomándole la mano). — ¡María Carlota!

ELLA. (mirándosela). — ¿Linda, verdad?

EL. — Divina.

ELLA. — ¿Hecha para la caricia?

EL (deja la mano). — La noto extraña... Su voz no es la misma... Suena a hueco.

ELLA. — Entonces suena a "mí".

EL. — ¡Vamos! ¡Usted sonando a hueco... si es para morirse de risa .. usted, tan cascabelera... tan decidora... tan valiente... tan... ¿cómo diré?

ELLA. — Tan sin prejuicios, ¿no? Tan llena de... amigos.

EL. — Usted se calumnia, María Carlota.

ELLA. — Quizá me resulta más cómodo. Ando por la vida sin destruir leyendas.

EL. — ¿Qué leyendas?

ELLA. — Las que corren, las que me hacen amantes médicos, abogados, porteros y ascensoristas...

EL. — ¡Qué horrible! (se levanta, desconcertado).

ELLA. — No, no es tan horrible; es un poco incómodo nada más.

EL. — Me prometía una noche más alegre.

ELLA. — ¿Las caricias lo alegran?

EL. — No había pensado en caricias.

ELLA. — ¡Tonto! ¿En qué, entonces?

EL. — En una charla íntima, aquí donde la gente no nos espía, donde podríamos decir cosas nuestras.

ELLA. — ¿Por qué "nuestras" y no suyas?

EL. — Este... María Carlota, ¿qué se propone?

ELLA. — Eso, precisamente. Una charla íntima. ¿O es que acaso no me dirá usted por qué me persigue, por qué me hace esa corte descarada a espaldas de mi marido, por qué pone en ridículo mi dignidad?

EL. — Porque la amo.

ELLA. — Me ama y eso... unido a las leyendas que corren... ¿verdad?



EL. — La amo con una inconciencia de loco.

ELLA. — Los locos son los únicos seres concientes.

EL. — No haga frases.

ELLA. — Eso es lo que yo hago ¿vé? ¡Frases! Frases que desparraman por ahí las malas lenguas. Frases que a vecer no tienen significado y que trascienden cambiadas, dadas vuelta. Frases que llegan a oídos de hombres como usted y que dejan un deseo prendido, una curiosidad.

EL. — ¡Oh, cómo quisiera que usted se explicara, María Carlota! ¡Cómo no la reconozco en la voz, en la actitud, en lo que dice!

ELLA. — Para eso vine, para explicarme, precisamente. Entre todos los que me hacen la corte, hay uno, solo uno distinto.

EL (exaltado). — Soy yo.

ELLA. — Sí, usted, usted que está luchando desesperado con su amor. En nuestras tertulias familiares, en el teatro, en el cine, en las confiterías, sus ojos me buscan, me controlan, me espían. Se prenden con odio a la ropa de mi marido.

EL. — Odio todo lo que la rodea y a su marido... su marido.

ELLA (colocándole la mano en el cabello). — ¡Chiquilín!... He querido venir para esto, para descargarlo del peso de su amor, para tener el primer acto de humildad y justificarme ante usted.

EL. — Pronto, que esta tortura de oirla a medias, de quererla adivinar, me está matando.

ELLA. — Quise decirle, así, solos los dos: no se exalte con su propio deseo, no magnifique esta curiosidad...
Curiosidad de lo que no es suyo, de lo que está inalcanzable y se sospecha que otros han tenido.

EL. — Se calumnia sin piedad, María Carlota.

ELLA. — Asimilo el pensamiento colectivo. Son las consecuencias de saber andar por la vida con equilibrio moral y no fijarse en las apariencias. A mi derredor se arrastra la calumnia, la veo en el piropo de los hombres y en la prevención de las mujeres. Siento el placer morboso de que me arañe la carne. Solo a usted, a sus veintitres años afiebrados quiero darle esta explicación.

EL. — Me mata con ella.

ELLA. — Lo alivio; ahora soy inalcanzable por mí misma, pero usted sabe que los demás tampoco llegaron a mí.

EL. — Habla como si quisiera reconfortar mi amor propio.

ELLA. — ¿Dónde termina el amor, dónde empieza el amor propio? (le acaricia los cabellos) ¡Chiquilín!

EL (siente la ternura y casi desfallece). — ¡María Carlota!

ELLA (reaccionando sirve champagna). ¡Arriba el ánimo. Brindo por sus veintitrés anos, por la vida que corre por sus venas, por nuestra amistad futura!

EL (casi murmurando). — ¡Por nuestra amistad! (Ella lo mira suavemente. El le toma la mano y la lleva con respeto a sus labios. Ella le suelta, se coloca el tapado y se apresta a salir. El busca su sombrero para acompañarla. (Apaga una luz).

ELLA (volviendo la cabeza, ya en la puerta). — En esta vida mía hay un detalle, un solo detalle que nadie se preocupa de averiguar.

EL (la mira en muda interrogación).

ELLA (suspirando). — Sí, criatura, un detalle insignificante; estoy locamente enamorada...

EL (violento). — ¡María Carlota!... Usted no tiene derecho... es una crueldad.

ELLA. — No me interrumpa, chiquilín: estoy locamente enamorada de mi marido (hace el mutis lentamente. El la mira un instante, desconcertado. Apaga la otra luz y la sigue a pocos pasos).

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim

































